

Selecta

*A hierro
y fuego*

Rita Black

A hierro y fuego

Rita Black

Selecta

Índice

[A hierro y fuego](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Autora](#)

[Créditos](#)

Jordan Madsen puede recordarlo todo. Todo.



Dotado de una memoria excepcional, resulta un caso fascinante para quienes lo rodean. Sin embargo, la etiqueta de «genio» que le han colgado desde pequeño, es más bien una carga que alimenta sus problemas emocionales.

Lo único que el reconocido neurocirujano desea es poder olvidar y no sentirse como un espécimen de laboratorio, y la única que puede ayudarlo a conseguirlo es la cínica y alegre Scarlet.

Pero ella, refugiada en su cómoda vida conyugal, se niega a correr el riesgo de amar de verdad y que le rompan el corazón.

Un hecho inesperado y el explorar en su pasado llevarán a ambos a replantearse el significado de la felicidad y a valorar las bendiciones en sus vidas.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Capítulo 1

—Roger, cariño, trae a Jordan para que lo vean los invitados —pidió Dottie a su esposo, haciéndose oír por sobre el ruido de la fiesta de su hijo mayor.

El hombre le dirigió una mirada de desaprobación que ella desestimó de forma automática, ya que solía ignorar sin esfuerzo las cosas que pudieran incomodarla.

A pesar del desagrado que le provocaba el que su mujer quisiera mostrar a su hijo como atracción de feria, fue por él y lo llevó ante la concurrencia. Dottie se acuclilló para quedar a la altura del niño.

—Cariño ¿podrías, por favor, decirnos las capitales de todos los países del mundo?

El chico no dijo nada, solo recorrió con la mirada a su curiosa audiencia y luego empezó a recitar, una por una, con calma y sin titubeos, las capitales de cada nación.

Las exclamaciones de asombro y los murmullos de extrañeza pronto se dejaron oír a la par de la voz del pequeño, quien detallaba su lista sin, aparentemente, ninguna emoción.

—Pero, si solo tiene cinco años —exclamó alguien.

—Tiene una memoria prodigiosa —señaló otra persona.

—Quisiera tener una cuarta parte de su retención —comentó alguien más, entre risas.

Conforme el niño avanzaba, la sonrisa de Dottie se ensanchaba y toda ella destellaba un aura de orgullo y satisfacción.

Jordan no detenía su letanía y se preguntaba por qué algo que para él era tan ordinario provocaba tanto asombro entre los amigos de su madre.

Terminó por fin y, luego de que le aplaudieron, su madre acarició su cabeza con estudiado ademán y le dijo condescendentemente:

—Gracias, cariño, ahora puedes volver a jugar.

En realidad, el chico no regresó a jugar, porque no era lo que hacía cuando lo llamaron; solamente se sentó a contemplar los globos de colores que inundaban el jardín y que se movían al vaivén de la fresca brisa de la tarde.

Por alguna extraña razón que no lograba desentrañar, siempre evocaba ese incidente cuando se hallaba desanimado.

Y en esa mañana gris así se sentía; sufría de depresión estacional y, en definitiva, ese clima húmedo, frío y neblinoso exacerbaba esa condición.

Los coloridos globos eran el detalle más marcado en su mente respecto de aquel día en el que, por primera vez, y pese a su corta edad, había adquirido conciencia de que no era igual a sus hermanos ni a la mayoría de los niños.

El recuerdo de la danza tranquila de los balones en el aire solía inspirarle un poco de quietud; por lo demás, las remembranzas de aquel día le parecían turbias, y no porque tuviera problemas para evocarlas, sino por cierta amargura que le provocaban.

Salió de su edificio apurando el paso. Se le había hecho tarde, algo muy extraño en él.

En la puerta se topó de bruces con un sujeto corpulento que lo miró como si fuera idiota. Él se disculpó como pudo, sin dejar de notar la figura estilizada de un águila en su antebrazo, la misma que quedó impresa con detalle en su cerebro.

Jordan se arrebujo en su abrigo y ajustó su bufanda. A pesar del inclemente clima le gustaba mucho caminar rumbo al trabajo; era uno de los pocos momentos de tranquilidad que podía gozar durante el día, pues tan pronto llegaba a la clínica, todo eran citas, consultas, diagnósticos, cirugías... y todo quedaba grabado en su mente.

—Doctor Madsen, lo espera en la sala de juntas el señor Bernard Livingston —le anunció Sara, la recepcionista, luego de saludarlo.

Jordan la miró con gesto severo.

—Lo siento mucho, doctor, sé que no tiene una cita, pero el hombre

insistió.

—Está bien, Sara. Gracias. —Y se dirigió a la sala de juntas.

Recordaba a un sujeto llamado Bernard Livingston, a quien no conocía personalmente, pero de quien había escuchado hablar más de lo que hubiera deseado.

Esperaba encontrar en la sala de juntas únicamente al hombre anunciado por la recepcionista, pero se topó con él y un séquito de siete personas, quienes dejaron de parlotear en cuanto Jordan entró, con lo que la estancia quedó sumida en un silencio incómodo.

Nunca había sido muy bueno en el trato con las personas y los grupos grandes (para él, un grupo de ocho podía considerarse como tal), lo ponían de mal humor de forma automática.

Un hombre de espalda ancha y traje gris impecable se dirigió hacia él y, esbozando una sonrisa que dejaba entrever una gran seguridad en sí mismo, extendió su mano para saludarlo:

—Doctor Madsen, soy Bernard Livingston. Es un honor conocerlo.

—El gusto es mío —respondió serio, pero con amabilidad.

—Doctor, sé que es usted un hombre muy ocupado, y yo me disculpo por haber acudido sin una cita previa, pero, debo confesar que yo también tengo una agenda muy apretada y aproveché un pequeño hueco en ella para venir a verlo, ya que tenía proyectado hacerlo en los siguientes días.

El médico lo escuchó sin perder una sola palabra y luego pasó la mirada por cada uno de los demás asistentes, preguntándose qué hacían ahí.

El visitante captó la indirecta.

—Ellos son parte de mi equipo de trabajo. Tengo un nuevo proyecto, algo que, estoy seguro, a usted podría interesarle muchísimo, y estas personas son algunos de mis colaboradores más cercanos.

Los aludidos saludaron a Jordan todos a un tiempo, mientras él se limitó a brindarles una inclinación de cabeza.

«Por lo visto esta será una mañana muy larga» pensó con desgana.

—Por favor, tomen asiento —les indicó, tratando sutilmente de urgirlos a tocar el asunto que los había llevado ahí.

Livingston, agudo observador por naturaleza, escudriñaba discretamente a Jordan. Su esposa había tratado de disuadirlo de invitarlo a participar en su proyecto, argumentando que era un hombre muy ocupado, y cuando vio que eso no dio resultado, le explicó, a riesgo de que su esposo dedujera que sabía

demasiado sobre él, que el doctor Madsen, contrario a lo que pudiera esperarse de un hombre como él, era muy huraño y rehuía en lo posible el trato con la sociedad, no por maldad o mal temperamento, sino por timidez.

Bernard era consciente de ello, y por eso no se sorprendió al descubrir la renuencia de Jordan en su correcta pero fría recepción.

Sin embargo, también sabía que era un hombre dotado de un espíritu caritativo, pues no solo hacía muchas cirugías y brindaba tratamientos a muy bajo costo, o en algunos casos sin cobrar un solo centavo, a pacientes cuyas condiciones económicas no les permitían acceder a ellos por sus propios medios.

Además, auspiciaba diversas asociaciones y fundaciones que apoyaban programas educativos para niños con necesidades especiales y para adolescentes con problemas de conducta.

—Iré al punto, doctor, ya que ambos tenemos muchas cosas qué hacer — empezó el señor Livingston, mientras uno de sus colaboradores le pasaba un elegante fólder oscuro, que él, a su vez, pasó a Jordan.

—Estoy trabajando en una fundación para la investigación del Alzheimer, sus causas y probables curas. Ya tenemos las instalaciones, estamos gestionando la compra de equipos y estamos reuniendo a un equipo de expertos en el ramo, desde nutriólogos, químicos, biólogos, neurólogos, siquiátras, etcétera. El doctor Michael Sheeran, a quien usted debe conocer muy bien, ya accedió a colaborar con nosotros, entre otras reconocidas personalidades del campo de la neurociencia. Usted es uno de los neurocirujanos más reconocidos y nos encantaría contar con usted. El proyecto está perfectamente detallado en el fólder que acabo de darle y que le dejaré para que lo estudie con calma.

Jordan había abierto el fólder y observaba con gran atención parte de su contenido. Guardó silencio durante varios segundos al término del discurso de su visitante.

—¿Puedo preguntar cuál es su motivación para emprender este proyecto? —preguntó al fin.

Livingston pareció muy complacido.

—Usted sabe que el Alzheimer se ha convertido en un problema de salud pública en las últimas décadas en nuestro país. Es una enfermedad terrible, por cierto, muy dolorosa para la familia del afectado y, para el mismo enfermo es... bueno, no querría usar este término, pero me parece

degradante. La memoria es uno de los bienes más preciados de un ser humano, y el hecho de perderla al punto de no recordar siquiera su nombre o el rostro de sus hijos, creo que es devastador.

Madsen sonrió para sus adentros; si bien no despreciaba el valor de la memoria, le resultaba un tanto irónico que alguien la describiera como «uno de los bienes más preciados de un ser humano», ya que él hubiera cedido gustoso su don en muchas ocasiones por olvidar cosas dolorosas o innecesarias.

—De manera personal —continuó Livingston—, lo que me motiva es que mi madre fue diagnosticada hace unos meses con este terrible mal, y no me resigno a que toda su memoria, su personalidad, se diluyan en la nada. Creo que eso es muy triste.

Jordan permaneció en silencio por unos segundos. Livingston no pareció incomodarse por ello, se veía demasiado satisfecho de sí mismo y emanaba una amabilidad y una soltura que ablandaron a Jordan internamente, pese a estar predispuesto a sentir animadversión por ese hombre.

—Debo decir que, por lo poco que he visto, el proyecto luce muy interesante, aunque, claro, existen muchos programas y fundaciones dedicados a la investigación del Alzheimer.

—Por supuesto, soy consciente de que no estamos descubriendo el hilo negro, pero me gustaría sentar un precedente, hacer un esfuerzo mucho más grande que cualquiera que se haya hecho antes, agotar todos los recursos, económicos y humanos a mi disposición, para encontrar una cura.

—O una forma de prevenirlo —agregó Jordan.

—Por supuesto —asintió Livingston, triunfal.

—Señor Livingston, como usted señaló al principio, tengo demasiadas ocupaciones, pero le aseguro que estudiaré su proyecto y en unos días le daré mi respuesta.

La puerta se abrió y Sara, evidentemente apenada, anunció que la señora Livingston había llegado. Tras ella apareció la recién llegada.

Jordan palideció al verla. Sabía perfectamente quién era el hombre con el que había estado hablando en los últimos minutos, y había tolerado la visita únicamente porque había acudido sin ella.

—Buenos días, disculpen el retraso —saludó la mujer, con una sonrisa radiante que no le permitía fingir estar abochornada.

—Querida, prácticamente estamos por retirarnos. El doctor Madsen

accedió a estudiar el proyecto.

Ella se acercó para saludar a Jordan.

—Doctor, es un placer verle nuevamente. —El brillo en sus ojos desconcertó a su interlocutor, aunque los modales de la dama fueron totalmente correctos.

—Señora Livingston, no esperaba verla. Luce radiante —dejó escapar con cierto rencor.

Tal vez se ruborizó al escuchar aquello, pero fue imposible saberlo porque llevaba un hermoso vestido *vintage* de color rojo, con falda ancha y botones al frente.

—Permítame decir que mi querida esposa hizo un excelente trabajo decorando su clínica, doctor Madsen. Es un lugar moderno y elegante, pero al mismo tiempo acogedor. Hasta le hace olvidar a uno que se encuentra en una clínica.

—Querido, me apenas —dijo ella casi en un susurro, pero su sonrisa contradecía sus palabras.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señor Livingston. —Jordan miraba fijamente a la mujer mientras hablaba al marido—. Su esposa tiene un talento excepcional.

El hombre ensanchó su sonrisa, como si el elogio hubiera sido para él, y ni siquiera se dio cuenta de la mirada de reproche que su mujer le dirigió al médico.

—Bien, debemos irnos. —Livingston sacudió efusivamente la mano de Jordan al despedirse—. Le agradezco de nuevo que nos haya recibido sin anunciarnos antes, doctor, y espero contar con usted en el proyecto.

—Le comunicaré mi decisión en unos días —le dijo Jordan, mientras toda la comitiva abandonaba la sala.

—Querido, ¿no te molesta si me quedo unos minutos charlando con el doctor Madsen? Me gustaría discutir con él algunos asuntos que, a mi parecer, quedaron pendientes en el proyecto de decoración.

—A mí no me molesta, Scarlet, pero el doctor está muy ocupado. Mejor haz una cita y vuelve otro día.

—Puedo hacer un espacio en mi agenda —intervino el médico con su seriedad habitual.

—¿Lo ves, Bernard? Te veré en casa, querido —sonrió ella, triunfal, y le dio la espalda, apurándolo a marcharse.

Jordan la miró por demás incómodo cuando la puerta se cerró; no parecía molesto sino cohibido.

Si bien era cierto que durante meses había fantaseado con encontrarse a solas con esa mujer, el tenerla en ese momento tan cerca resultaba perturbador, y se dio cuenta de que, en realidad, no estaba preparado para ello.

—¿Sigues molesto conmigo? —Ella no parecía intimidada o apenada al preguntarlo, y a él le pareció que hacía gala de una coquetería descarada.

—¿Por qué tendría que estar molesto conmigo? —trató de sonar despreocupado, pero ella lo conocía demasiado bien como para caer en el engaño.

Sonrió como una niña mientras clavaba sus ojos brillantes en el rostro del pobre médico.

—Bien. —Se balanceó a un lado y otro, moviendo la falda de su vestido—. Entonces me siento mucho mejor. Habría querido hablar contigo antes, pero no sabía cómo lo tomarías.

Él siguió en silencio y ella continuó.

—¿Cómo has estado, Jordan? —Ahora su tono no era el de una niña traviesa, sino el de una vieja amiga.

—Estoy bien, dentro de lo que cabe. Podría estar mejor —admitió con sinceridad.

Ella lo miró en silencio durante algunos segundos, como si no se decidiera a hablar.

—Durante meses he querido verte, realmente me sentía muy mal por ti, pero no quería causarte más dolor.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Tampoco es necesario que sientas lástima por mí. ¿Por qué viniste hoy?

—Mi esposo insistió. Salí de casa deliberadamente tarde y hasta busqué quedar atascada en el tráfico, pero finalmente llegué. Me di valor, pensé que ya era hora de enfrentarte.

—Pues, no era necesario.

—Tú sabes que sí. Yo me sentía muy mal y creo que, de alguna manera, quería que lo supieras. No soy tan insensible como parezco. —Por primera vez en esa entrevista Jordan la escuchaba hablar con un poco de seriedad.

—Nadie piensa que eres insensible.

—Claro que sí. —Ella se acercó al escritorio y pasó la mano con descuido

por la orilla, y rápidamente recobró su coquetería habitual—. O al menos, piensan que soy frívola.

Jordan no respondió. No tenía trato social con muchas personas y durante su relación con Scarlet se había aislado del mundo más que nunca, pues gozaba inmensamente su compañía, los largos silencios que compartían después de la intimidad o las conversaciones acerca de cualquier cosa, por lo que no habían convivido con el círculo de ninguno de los dos; sin embargo, estaba seguro de que Scarlet tenía razón, y ella hacía mucho para reforzar la opinión que atribuía a terceros

—Y a ti, ¿te va bien? —Una parte de él deseaba que esa entrevista terminara de inmediato, y otra quería prolongar la dulce agonía.

—No puedo quejarme —sonrió, con una mezcla de conformidad y tristeza.

—Tu esposo, ¿te trata bien?

—Bernard puede ser un tanto egocéntrico, y muy pagado de sí mismo, pero es un hombre muy amable. Me trata estupendamente.

—Entonces, eres feliz —afirmó él con oculta amargura.

Ella sonrió y lo miró con picardía.

—Por favor, ¿quién es feliz en este mundo?

—Entonces, no eres feliz —aventuró, desconcertado.

Ella se acercó a él y, aunque no tenía segundas intenciones, se puso tenso.

—A mí me parece que la felicidad es un término sobrevalorado; tan llevado y traído que ya está muy desgastado. ¿Qué es la felicidad? ¿Dinero, sexo, amor, paz espiritual? Podemos tener un poco de todo y tratar de sentirnos satisfechos. La felicidad es una utopía, Jordan.

¿Por qué tendría que sorprenderlo escucharla hablar de ese modo? Esa era su Scarlet, jovial, atrevida y un tanto cínica, siempre dispuesta a sacar el mejor partido de cualquier situación.

Sin embargo, su última afirmación no dejaba de admirarle; siempre pensó que era una de las personas más felices y conformes con su destino que conocía.

De pronto, no supo qué más decir. Había imaginado la escena decenas de veces, y le hubiera gustado decirle que la extrañaba, que se sentía vacío e infeliz desde que ella había puesto punto final a su relación, pero en ese instante todo aquello le parecía patético y sin sentido, pues ella había hecho su elección. Seguramente pensaría que era un pobre diablo si le decía todo aquello.

—Tu madre quiere que redecore tu casa —volvió ella a la carga.

—No me digas. Por alguna misteriosa razón mi madre piensa que tiene que arreglar toda mi vida.

—Ella quiere que seas feliz.

Él se dirigió a la puerta para sugerirle, no muy sutilmente, que debía marcharse.

—Bueno, tú lo has dicho: la felicidad es una utopía.

«*Touché*» pensó ella, sonriendo como en los viejos tiempos, mientras se dirigía a la puerta.

—Dottie te llamará para que le digas cuándo podemos ir y empezar a decorar tu casa.

Jordan hizo un gesto de fingido fastidio mientras sostenía la puerta. Scarlet se paró frente a él y, sin que lo esperara, le dio un suave y fugaz beso en los labios.

—Me ha dado gusto verte.

Él la miró marcharse a través del pasillo mientras todo su mundo daba vueltas a su alrededor. Scarlet lo había hecho de nuevo.

Capítulo 2

No pretendía ser brusco, pero el azotar la puerta de su departamento al llegar por la noche fue un gesto involuntario. Ver a Scarlet lo había puesto de pésimo humor.

Había pasado meses intentando controlar el recuerdo compulsivo de cada segundo vivido con ella y, de pronto, de la nada, esa arma mortal vestida de mujer se aparecía de nuevo en su vida para ponerla de cabeza.

Se dirigió hacia la barra; la señora Rodríguez había dejado una nota indicándole que la cena estaba en el refrigerador, solo debía calentarla «en la estufa, no en el microondas». La señora Rodríguez siempre decía que el microondas era un invento para perezosos, que, además, echaba a perder el sabor y la textura de la comida.

Sonrió al leer la recomendación, pero no sacó la comida del refrigerador, pues no tenía apetito.

El timbre de su móvil rompió el silencio. Era su padre.

—Hola, papá.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

Respondió parcamente que estaba bien y su padre le explicó que él y Dottie harían un viaje al Caribe en la primavera.

—Deberías venir con nosotros, hijo, te hacen falta unas buenas vacaciones.

—Sabes que no puedo, papá, aunque me gustaría. Pero espero que tú y mamá se diviertan mucho.

—Será como una segunda luna de miel —replicó el señor alegremente—. Tu madre quiere hablar contigo.

«¡Oh, por Dios! Mi madre» pensó con fastidio, ya que no estaba de humor para hablar con nadie, y además estaba molesto con ella.

—Hola, hijo.

—Qué tal, madre.

—¡Vaya! —La mujer cambió el tono de inmediato—. Por lo visto estás de mal humor.

«¿Es que es imposible ocultarle nada?» rezongó para sí mismo.

—¿Por qué lo dices, madre? —Se esforzó por sonar despreocupado.

—Solo me llamas «madre» cuando estás molesto, especialmente conmigo. ¿Quieres decirme qué hice ahora?

Jordan, presa del cansancio, se pasó una mano por la frente.

—Tuve un día terrible, madre, eso es todo. ¿Qué querías decirme?

—Solo que tu padre y yo tomaremos un crucero al Caribe en la primavera, pero él ya se me adelantó. —Y el doctor adivinó que la mujer lanzaba a su esposo una mirada cargada de reproche mientras lo decía.

—Sí, lo hizo, espero que se diviertan. Madre, estoy realmente muy cansado, te llamo mañana, ¿de acuerdo?

—Claro. Pero antes déjame decirte que hablé con Scarlet Livingston y me dijo que estuvo en la clínica presentándote un proyecto de su esposo...

«¡Oh, no!»

—Me dijo que te informó sobre mi intención de que decore tu departamento. Lo que hizo con la clínica es realmente estupendo, hijo, creo que es muy talentosa.

—Sí, es muy talentosa, pero mi departamento me gusta tal como está.

—¡Ay, por favor, Jordan! Tu departamento parece una sala de operaciones. Necesita vida, color, alegría, y quién mejor que Scarlet Livingston para dárselos.

Jordan estuvo a punto de estallar, eso era demasiado.

—Escucha, madre, agradezco tu intención, pero no voy a permitir que redecores mi departamento. A mí me gusta tal como está y no quiero que nadie venga a decirme cómo debo decorarlo.

—Por favor, no te exaltes, no creí que te pondrías así. Es un regalo que quiero hacerte, y estoy convencida de que favorecería mucho a tu ánimo.

Jordan pensó que su madre lo conocía mucho menos de lo que ella creía. No le atraía particularmente el estilo de decoración de su departamento, pero prefería, sin lugar a dudas, un espacio con la menor cantidad de elementos posibles, lo menos que su mente torturada pudiera captar y retener.

El lugar tenía muy pocos muebles, apenas los indispensables, en

tonalidades grises y blancas, las paredes estaban pintadas de blanco y lo único que colgaba de ellas eran un reloj, blanco, sin números, y un cuadro con un paisaje por demás difuso que, por alguna extraña razón, lograba relajarlo.

—Madre, ya te lo dije, te lo agradezco mucho, pero no me ayudaría llenar esto de colores, cuadros y floreros, lo quiero tal como está.

—No me daré por vencida, y lo sabes ¿verdad?

—Buenas noches, madre. —Y colgó antes de que Dottie pudiera replicar nada.

¿Tener a Scarlet en su departamento, durante horas, analizando su espacio, su intimidad, su santuario, decidiendo como ama y señora en dónde debía ir cada cosa? Era la peor idea que pudiera ocurrírsele. Pensó que en un caso extremo tendría que decirle a su madre lo que había pasado entre ellos, pero esa idea le parecía tan terrible como la anterior.

«A mí me parece que la felicidad es un término sobrevalorado; tan llevado y traído que ya está muy desgastado. ¿Qué es la felicidad? ¿Dinero, sexo, amor, paz espiritual? Podemos tener un poco de todo y tratar de sentirnos satisfechos. La felicidad es una utopía.»

Recordó las palabras de Scarlet y volvió a sorprenderse. Si alguien parecía feliz y satisfecha, esa era Scarlet Livingston. Además, aunque para él el término era algo lejano y etéreo, no podía negar que había conocido a algunas personas que parecían genuinamente felices. Una de ellas era su padre.

Ni siquiera cuando se enteró de que su tercer hijo estaba presentando ciertos desórdenes de conducta, que después asociaron a su prodigiosa memoria, mostró tristeza o frustración. Por el contrario, lo tomó con mucha sabiduría y siempre intentó convencer a su hijo de que era una persona muy especial y lo instó a enorgullecerse de su don, pero a pesar de ello lo trataba como a cualquier otro de sus hijos, como a una persona «normal».

Había hecho un buen trabajo, pues a pesar de que Jordan cada vez se aislaba más del resto de las personas, había logrado aprovechar su condición y en la secundaria se convirtió en un joven prodigio.

¡Basta! Intentó dejar de pensar, puso música clásica en el aparato reproductor y se dio una larga y reconfortante ducha tibia.

Apagó todas las luces al irse a la cama, y pensó con amargura en lo agradable que sería poder apagar también su mente con un interruptor.

Ojalá nadie se hubiera percatado de su memoria prodigiosa. A partir de ese descubrimiento, su vida se convirtió en un ir y venir con médicos y especialistas que buscaban determinar la naturaleza de lo que su madre llamaba «su don».

Al principio sus padres se admiraban de su increíble capacidad de retención, pero, al parecer, la consideraban, en cierta medida, algo normal. Poco después de que la señorita White detectara que aquello era bastante fuera de lo común, su vida cambió por completo.

Aunque tenía que admitir que, de cualquier manera, su vida no habría sido normal: su mente se sobrecargaba con toda la información que recibía y a veces era incapaz de reaccionar tanto cognitiva como emocionalmente.

Las palabras, en particular, constituían un problema para él: solía detenerse en alguna de ellas que llamara especialmente su atención y la repetía una y otra vez, ya fuera en su mente o en voz alta, hasta que la desarticulaba letra por letra, y entonces los sonidos se convertían en algo ajeno y sin sentido. Sus hermanos no comprendían por qué Jordan les decía que las palabras tenían «peso», como si fueran algo físico, e incluso llegó a atribuirles otras cualidades: algunas, decía, eran ácidas; otras, dulces, y había algunas amargas.

Odió desde el primer instante las pruebas a que lo sometían; a instancias de su maestra y de la directora de su escuela, lo llevaron con unos neurólogos especialistas en el estudio de la memoria. Lo sometieron durante horas a pruebas que a él le parecían no solo aburridas sino inútiles: le mostraban una serie de cartas con diferentes ilustraciones, luego las ponían del revés, y él tenía que identificar en dónde se encontraba cada una. Aquello no le suponía ningún problema.

Lo hacían memorizar párrafos completos de obras literarias, o series de números y palabras, todo lo cual hacía sin dificultad.

Los médicos estaban fascinados. Después le conectaron unos electrodos y analizaron sus ondas cerebrales; parecían niños en una tienda de dulces dejados en entera libertad. Jordan solo quería que aquello terminara.

—Por lo que sabemos y lo que hemos visto de Jordan, podríamos decir que se trata de un caso de hipermemoria —explicó uno de los especialistas—. Se

trata de una condición muy rara, en la que la persona puede retener una gran cantidad de datos y recordarlos con absoluto detalle incluso mucho tiempo después. Al hablar de datos, me refiero a cualquier cosa: fechas, ropa, autos, lo que estudió en la escuela en un día específico, cómo iban vestidos sus compañeros, qué música tocaban en la radio, una lectura. Todo. Jordan tiene la capacidad de recordarlo todo —concluyó.

Sin embargo, les explicó que era muy poco lo que se sabía sobre la hipermnesia, ya que había muy pocos casos documentados e, incluso, muchos especialistas en salud mental dudaban que existiera esa condición.

Cuando Roger preguntó qué podía hacerse para ayudar a su hijo, el médico se limitó a mirarlo por unos instantes y luego dijo que lo único que podía recomendar era que el muchacho estuviera bajo supervisión siquiátrica.

El joven pensó que aquello había sido una pérdida de tiempo: no necesitaba que uno o varios médicos le dijeran lo que ya sabía.

Ante aquel presunto prodigio sus compañeros de escuela le pedían que probara su memoria.

—Oye, tienes un cerebro de computadora —le dijo un día Tommy Grey, divertido, luego de que él repitiera, palabra por palabra, coma por coma, un capítulo completo del libro de ciencias.

—¡No soy una computadora! —gritó, enfadado.

Aquella reacción solo sirvió para que sus compañeros reafirmaran la convicción de que estaban ante un fenómeno.

Capítulo 3

Jordan miró con ansiedad su teléfono móvil; era la segunda vez que Scarlet le llamaba en menos de diez minutos y, además, le había enviado tres mensajes. Ni siquiera se atrevía a tomar el aparato; lo miraba ahí, en el escritorio, como si fuera un artefacto desconocido. ¿Qué rayos podría querer? Sabía casi tan bien como él que tener contacto con ella no le hacía ningún bien.

Unos minutos después, el móvil volvió a sonar; esa vez se trataba de Dottie. «Seguramente quiere insistir en que Scarlet redecore mi departamento» pensó, entre molesto y frustrado. Tomó la llamada con desgana.

Afortunadamente su madre solo quería recordarle (¡claro!, recordarle a él) que esa noche se llevaría a cabo la gala de beneficencia de la asociación que con tanto entusiasmo ella auspiciaba, y él era una de las grandes atracciones, no solo por tratarse de su hijo y de uno de los médicos más connotados de ese lado del país, sino por ser un atractivísimo soltero.

—En realidad, mamá, no estoy de humor para asistir a la gala, estoy exhausto —se excusó.

Pero su madre sabía que no era por cansancio sino por su renuencia al trato social que no quería asistir.

—Hijo, será solo un momento; además, tú eres parte de la asociación, es tu deber asistir —Dottie empleó su tono más cariñoso—. Tus hermanos estarán ahí.

—Está bien, pero iré solo por un momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —la mujer sonó de lo más satisfecha y luego colgó.

Se quedó mirando el teléfono y, sin pensarlo mucho, tomó valor para ver

los mensajes de Scarlet.

«Jordan, de verdad lamento importunarte, pero Bernard insiste en que pregunte si echaste un vistazo al proyecto, y qué has pensado al respecto.»

«Perdóname, no quiero molestarte, pero Bernard puede ser muy insistente.»

«Le diré que aún lo estás estudiando.»

Bueno, por lo menos no se trataba de nada personal, ni de insistir en la terrible idea de su madre de redecorar su casa.

Le respondió con un escueto: «Dile que todavía no he decidido nada al respecto», y se dispuso a continuar con su intensa jornada de trabajo.

Había transcurrido casi una semana desde la visita de Scarlet a la clínica, y a duras penas había logrado reponerse. Involuntariamente rememoró cada segundo de la entrevista, y se reprendió por no cerrarle el paso a los dolorosos recuerdos.

Salió de su oficina y se metió de lleno en el trabajo para tratar de sacar de su mente a esa inquietante mujer.

Llegó a la gala alrededor de las ocho y media de la noche junto con sus hermanos William y Charlotte, mientras que a Theodore lo verían en el lugar.

El salón era en verdad espectacular, con unos enormes candelabros que iluminaban hermosamente el lugar. Jordan sonrió, pensando que su madre y sus colegas habían hecho un excelente trabajo y, por un breve instante, se sintió relajado.

Pero, tan pronto como Charlotte y William se integraron con los demás asistentes, se vio agobiado por un grupo de seis o siete personas que lo saludaron como si fueran viejos amigos.

—Doctor Madsen, qué alegría que haya venido —le dijo una elegante mujer de unos cincuenta y tantos años.

—Qué honor, doctor, pensé que no vendría —expresó un caballero de edad indefinible.

—Doctor, Madsen, he escuchado tanto de usted. —Una mujer de curvas escandalosas que llevaba un vestido muy sugestivo lo tomó del brazo antes de que él pudiera escaparse del grupo—. Tiene usted fama de ser uno de los

mejores neurocirujanos de la Costa Este.

Él asintió con un gesto, buscando la forma de deshacerse de todas esas personas y, de pronto la vio: Scarlet se hallaba a unos cuantos metros, observando la escena entre divertida y apenada. Ella sabía cuánto incomodaba a Jordan el trato con las personas.

Por mucho que le doliera verla, en ese momento su presencia era su tabla de salvación.

—Si me disculpan —se excusó con sus acosadores y se dirigió resuelto hacia la hermosa mujer que lo miraba con sus preciosos ojos color café oscuro.

—Pareces agitado —le soltó ella, sonriendo con simpatía, mientras le ofrecía una copa de champaña.

—Ya estoy mejor —replicó él, dando un sorbo a la bebida, pero sin apartar su mirada de Scarlet—. Estás preciosa —murmuró sobre la copa.

Ella lo miró, traviesa.

—Pues tú te ves más guapo que nunca. No te había visto con traje. —Y lo recorrió con la mirada hasta hacer que el pobre hombre se sonrojara.

—Mi madre me obligó a venir —admitió.

—Sí, lo sé. Esta mañana me llamó por teléfono para decirme que aún está tratando de convencerte de dejarla redecorar tu departamento, y me dijo que estarías aquí. Eres su gran orgullo, ¿sabes?

—¿Y tu esposo? —preguntó él, tratando de cambiar de tema por otro que tampoco le agradaba.

—Debe andar por ahí. —Ella señaló descuidadamente con la copa, pero no dejó de mirar a Jordan.

Él hizo un sonido de asentimiento y, ya estaba planeando escaparse también de Scarlet (aunque tuviera que refugiarse en los sanitarios durante una hora), cuando ella le dejó ir:

—Dottie no se dará por vencida.

—No sé por qué está tan obsesionada con ello. Debe saber que no necesito cuadros, ni alfombras, ni floreros, ni muebles escandalosos.

—¿Por qué no le dices que sí, fingimos que estoy redecorando, haces unos pequeñísimos cambios, y asunto arreglado?

Él sonrió por primera vez en la noche. Le encantaba la manera simple en que Scarlet trataba de resolver los problemas.

—Esa podría ser una solución.

—Claro que ella insistirá en supervisar las labores —añadió casi con descuido.

—No. Definitivamente, no. —El Jordan aparentemente relajado de hacía unos segundos dio paso al Jordan tenso de siempre—. Discúlpame, debo atender algo. —Y se retiró abruptamente.

Durante varios minutos Dottie, que lo había visto hablar brevemente con Scarlet, lo buscó con la mirada, sin éxito. Charlotte y William se hallaban cada uno por su lado charlando alegremente con diversos conocidos y, Theodore, el mayor, acababa de llegar.

Dottie se dirigió a él y lo saludó efusivamente.

—¿Ya están aquí mis hermanos? Necesito discutir algo con Charlotte.

—Vaya, por lo visto todos mis hijos me rehúyen esta noche —Dottie pensaba emplear todas sus artes de chantaje.

—¿Por qué lo dices, mamá?

—Jordan ni siquiera me saludó, y de pronto ya no lo vi, no sé dónde se habrá metido.

Theo la miró con cierta desaprobación.

—Mamá, ya lo conoces, odia las reuniones sociales, son una tortura para él. Ni siquiera deberías obligarlo a venir.

—Pero es un renombrado médico, y yo soy una de las promotoras de la gala, no puede ser que no asista.

Theo hizo un gesto de resignación; su madre era la persona más testaruda que había conocido, a lo cual debía añadir un rasgo de egoísmo, del que incluso sus propios hijos eran víctimas. Pero él sabía que, a pesar de sus defectos, ella los amaba por sobre todas las cosas, y deseaba fervientemente que fueran felices, aunque no pensara demasiado en que sus métodos para conseguirlo no condujeran precisamente a ese fin.

—Iré a buscar a Charlotte, mamá.

Casi una hora después, Jordan se topó con sus hermanos. Había estado escondido en un rincón apartado del enorme jardín, pero ya era momento de marcharse. El ver a Theodore, William y Charlotte cambiaba sus planes.

Decidió quedarse con ellos unos cuantos minutos; sus hermanos eran de las muy pocas personas que lograban no hacerlo sentir como un espécimen de laboratorio.

Desde muy chico había tenido que tolerar que lo señalaran como un niño genio por su prodigiosa memoria que, al parecer, no dejaba escapar nada, ni

siquiera con el paso del tiempo.

Su profesora de tercer grado, la señorita White, se percató de ello cuando pidió a Jordan leer un pasaje de un libro de historia, y el niño empezó a recitarlo de memoria. Al principio la maestra pensó que estaba leyendo, pero cuando se acercó a él, vio que en el pupitre solo estaba el cuaderno de notas.

—Jordan, ¿y tu libro? —le preguntó, desconcertada.

—Mi hermano Will lo arrojó al jardín, y quedó completamente mojado — se excusó él, avergonzado.

Tras tomar un libro de otro niño y verificar lo que Jordan había leído, la maestra le preguntó el por qué había leído ese capítulo si aún no lo estudiaban en clase, y el chico respondió que le gustaba mucho la historia.

Luego le cuestionó cómo era que podía recitar el contenido del capítulo con total exactitud, y el niño solo se encogió de hombros.

—¿Por qué memorizaste el capítulo?

Nuevamente se encogió de hombros.

—¿Puedes decir de memoria algún capítulo de otro libro de los que hemos estudiado, Jordan? —La maestra estaba realmente perpleja.

El chico pareció dudar por un instante, pero luego respondió:

—Me gusta mucho el libro de ciencias. —Y empezó a recitar el contenido del mismo ante el asombro de la señorita White y de sus compañeros.

Tan pronto terminó la clase, la maestra llamó por teléfono a la madre de Jordan para explicarle lo que había ocurrido y plantearle que le hicieran exámenes al niño para determinar su coeficiente intelectual y otros aspectos cognitivos.

Dottie pareció encantada, pero el señor Madsen no estuvo de acuerdo. No necesitaba ser un genio para darse cuenta de que su hijo tenía una memoria excepcional, él y su esposa ya lo habían notado desde hacía tiempo, pero no deseaba que Jordan fuera tratado de forma diferente a los demás niños, y mucho menos que se convirtiera en objeto de estudio, especialmente porque era consciente de que su pequeño no era muy sociable.

A pesar de la renuencia de Roger Madsen, el chico fue sometido a pruebas de conocimiento y de memoria, y en todas obtuvo puntajes perfectos.

La directora de la escuela les recomendó que lo inscribieran en un instituto para niños dotados, y aunque Roger se opuso al principio, tuvo que ceder cuando la maestra los convenció de que no podían hacer demasiado por Jordan en una escuela ordinaria, mientras que en una especial podrían darle

no solo una educación adecuada sino atención psicológica especializada.

Pero, a pesar de que rápidamente empezó a asistir a concursos y de que terminó la preparatoria a los catorce años, sus hermanos siguieron tratándolo igual que siempre.

Solo de vez en cuando, después de charlar durante un buen rato, cuando se quedaban en silencio, William le preguntaba: «¿Qué se siente ser un genio?»

Jordan guardaba silencio, intentando encontrar las palabras para expresar que no se sentía demasiado diferente a él, o a Charlotte, o a cualquier otro chico, pero, al mismo tiempo, se sentía abrumado por todos los datos, las letras, los sonidos, los colores que se almacenaban ilimitadamente en su cabeza. No le molestaba que su hermano le hiciera esa pregunta, porque sabía que su curiosidad y su interés por él era genuinos.

Pero antes de que pudiera decir nada, Will soltaba una carcajada, le alborotaba el cabello y lo instaba a echar una carrera hacia cualquier parte.

Repasaba todo aquello mientras hablaban animadamente del proyecto que traía entre manos Theodore cuando Charlotte divisó entre la multitud a Scarlet, la señaló con un gesto de la cabeza y bajó la voz para decir:

—Mi madre está empeñada en que Scarlet Livingston redecore tu departamento.

Este bebió un trago de champaña, haciendo un esfuerzo descomunal para no volverse a ver a la aludida.

—Sí, estoy lidiando con eso ahora —respondió con fastidio.

—A veces la intromisión de mi madre no conoce límites —opinó Will con idéntica actitud.

—Lo hace por nuestro bien —intervino Theo—, pero no se da cuenta de que traspasa la línea.

—Durante dos semanas he estado intentando convencerla de que no debe intervenir en ese asunto, pero no entiende —replicó Charlotte, quien era la menos tolerante de los cuatro para con las imposiciones de Dottie.

Continuaron charlando de diversos temas y cerca de las once Jordan decidió que era hora de marcharse; ya había tenido roce social suficiente para un año. Se despidió de sus hermanos y de su padre, y dijo adiós apresuradamente a su madre para no darle tiempo a obligarlo a saludar a algún amigo de la familia o a presentarlo a algún conocido.

Capítulo 4

Habría querido poder resistirlo, habría deseado ser lo suficientemente fuerte y afrontar solo el sentimiento y la angustia que le había provocado el encuentro con Scarlet.

Claro, pensó, que si ella no hubiera ido a la clínica con su esposo habría tenido que verla de cualquier manera, pues la habría encontrado en la gala de su madre.

Sin embargo (reprodujo en su mente todos los escenarios posibles), en la gala de su madre tal vez la habría esquivado hasta donde le fuera posible, no habría hablado con ella y no habría tenido que escucharla decir que sentía mucho el haberle causado dolor. Pero no estaba seguro de que esas omisiones imaginarias le hubieran facilitado el verla nuevamente.

Tocó a la puerta de la doctora Fields, quien suavemente le invitó a pasar.

Tal vez porque lo conocía demasiado bien, ya que lo atendía desde hacía varios años, o quizá era simple intuición femenina, pero tan pronto vio a Jordan, la especialista supo que su paciente se había encontrado con su talón de Aquiles.

En cuanto se instaló en el diván, reveló:

—Vi a Scarlet.

—Lo supuse. —Ella sonrió comprensivamente.

—No puedo superarla, Erika. Creí que podía, si no la veía, si no la tenía cerca, pero me doy cuenta de que solo he estado reprimiéndome, tratando de reprimir mi memoria sobre ella. —No hablaba lastimeramente, sino más bien con cansancio, sabiendo que luchar contra sus recuerdos era una batalla perdida.

Habló de corrido durante casi veinticinco minutos. Por enésima vez le

habló a su terapeuta de todo lo que recordaba de esa mujer, su aroma, su forma de caminar, su risa alegre y despreocupada, su aparente descuido por lo que ocurría a su alrededor... Scarlet era un enigma para Jordan: a veces podía parecer la persona más empática del mundo y, en otras ocasiones, hacía gala de un egoísmo casi infantil.

Aun así, lo fascinaba su visión simplista de la vida; no se complicaba con falsos remordimientos ni preocupaciones vanas. Parecía simplemente feliz, aunque ella negara que la felicidad existiera.

Erika supo que no tenía que darle ningún consejo, él solo había ido a desahogarse. Sabía que Jordan dominaba dos o tres técnicas para bloquear aquellos recuerdos que no necesitaba, las habían practicado mucho a lo largo de los años, pero, por una razón tan simple como el amor, a Scarlet no podía descartarla, no podía simplemente apartarla de su cerebro y lanzarla a un cajón imaginario de objetos y personas olvidados. No, ella se había quedado grabada a hierro y fuego no solo en la memoria de su mente sino en la de su piel, como un tatuaje, y en la de todos sus sentidos.

La hora transcurrió muy rápido. El atormentado hombre le dio las gracias a la siquiatra luego de que esta le recomendara tomar las cosas con calma, no luchar por olvidar, pero tampoco entregarse tan dolorosamente a los recuerdos de esa mujer.

—Relájate, Jordan, déjalo fluir —le había dicho.

Capítulo 5

—¡Esto no puede estar pasando! —exclamó, llevándose las manos al rostro, al ver a su madre y a Scarlet plantadas en su puerta el lunes a primera hora.

La pobre Scarlet parecía en verdad abochornada, mientras que Dottie exhibía su típica expresión de triunfo cuando se salía con la suya.

La mujer arrastró a Scarlet dentro tan pronto su hijo abrió, ignorando la flagrante muestra de mala educación de su incomprendido vástago.

Acababa de bañarse y apenas había alcanzado a enredarse la toalla en la cintura cuando escuchó el insistente timbre indicando que tenía visitas. Ni siquiera se le ocurrió quién pudiera ser y pensó que bien podría tratarse del portero que venía a cerciorarse si ya habían arreglado la tubería de la ducha, que llevaba varias semanas averiada.

Scarlet hizo un gran esfuerzo para no fijarse en su abdomen surcado por las marcas del ejercicio y en las pequeñas gotas de agua que aún corrían por su piel. «Dottie definitivamente no sabe lo que está haciéndonos» pensó con angustia.

—Bien, querido, como estaba segura de que no aceptarías por las buenas, he decidido hacerlo por las malas. Scarlet redecorará tu departamento, y te aseguro que hará un gran trabajo.

El rostro de él parecía una estatua griega. No se le ocurrió nada qué decir para contradecirla. Recordó la salida que, entre broma y verdad, le había sugerido Scarlet: acceder, hacer unos insignificantes cambios, y asunto arreglado.

—Está bien, *madre*, tú ganas.

Dottie lo miró con reprobación, pero no iba a reprenderlo delante de esa

hermosa mujer, por mucho que le hubiera gustado. Detestaba cuando Jordan la llamaba así.

Claro que, como cualquier madre, amaba a sus hijos profundamente y de forma incondicional, pero ya de por sí era difícil la labor maternal como para que esta se viera complicada por la insignificancia de la genialidad. Cuando Jordan la llamaba «madre» no solo le demostraba su enojo, también la hacía sentir que no estaba a su altura, que era un estorbo en su vida, aunque estaba segura de que no era esa su intención.

De cualquier manera, se acercó a él y, como pudo —pues él era mucho más alto que ella—, tomó su rostro entre las manos y cariñosamente le dijo:

—Te aseguro que no te vas a arrepentir. —Y se marchó precipitadamente antes de que él pudiera replicar, haciendo un guiño cómplice a la apenada decoradora.

«Ya estoy arrepentido» pensó él, pasándose una mano por el rostro.

Se volvió hacia Scarlet, que lo miraba totalmente avergonzada.

—Lo siento tanto. Dottie insistió demasiado, por más que me negué no se dio por vencida. Prácticamente me trajo a la fuerza.

Él sonrió con cansancio.

—Lo sé. Voy a cambiarme, ya voy tarde. Siéntete como en tu casa, toma lo que gustes. —Y desapareció tras la puerta de la recámara.

Eso sí era raro. Sabía que Jordan era más bien parco, pero nunca lo había sido con ella; en esos momentos la trataba como a una conocida cordial, pero no debería extrañarle.

Cuando le anunció que ella y Bernard se darían una nueva oportunidad en su matrimonio, Jordan había quedado devastado, prácticamente le suplicó que se quedara con él, que no lo abandonara, le aseguró que podían ser felices juntos, que él era una mejor persona cuando estaba con ella, que solo junto a ella lograba «olvidar», apartarse del mundo, desconectar su mente.

Sonrió tristemente al recordar todo aquello.

Se habían conocido a través de Regina, una amiga de Dottie a quien Scarlet había decorado un chalet en los Hamptons; la madre de Jordan quedó encantada con lo que había hecho y, como su hijo estaba pensando remodelar la clínica, consideró que esa joven y alegre diseñadora era la ideal para la tarea.

Al principio, Jordan no le había prestado mayor atención, a pesar de lo hermosa que era; su cabello castaño, su piel casi trigueña y sus ojos oscuros

la convertían en una belleza clásica y elegante que hubiera podido triunfar en la época dorada de Hollywood. Pero él no se impresionaba fácilmente, había conocido a muchas mujeres que se habían dado a la tarea de conquistarlo, ya fuera porque era un reconocido médico, un hombre adinerado y atractivo o por su famosa memoria perfecta.

Pero Scarlet era diferente, era jovial y desenfadada, y no había mostrado interés alguno en él excepto como un cliente más al que esperaba dejar muy satisfecho.

Ella le había contado que estaba casada, pero en esos momentos ella y su esposo se hallaban separados e incluso habían hablado de divorcio. No entró en detalles y tampoco mostró gran emoción al hablar de ello, pero le dio a entender que tal vez se había equivocado, que quizá su esposo y ella deseaban cosas diferentes y que aspiraban a seguir caminos muy distintos.

Por lo poco que le había dicho, Jordan dedujo que Bernard era algo mayor que ella, y aunque era un hombre de mundo y seguro de sí mismo, la juventud y belleza de su esposa le provocaban cierta inseguridad, aunque ella parecía no ser consciente de ello; él pretendía que ella estuviera siempre en casa cuando él no estaba, y que lo acompañara siempre y sin excusas a sus múltiples compromisos sociales.

Un buen día ella le espetó que la hacía sentir como si fuera un simple adorno, un accesorio en su vida perfecta; él le reprochó su simpatía y jovialidad, que bien podían ser tomadas erróneamente por tipos fanfarrones.

Ella se sintió muy ofendida por ese señalamiento, especialmente cuando hacía tan solo unos meses había descubierto que su esposo había tenido una «aventurilla» con una de sus secretarias.

La discusión llegó a su punto más álgido cuando él le recriminó el que no quisiera embarazarse, y ella decidió que era el momento de darse un tiempo y revalorar su matrimonio.

Y en verdad que había estado pensando mucho en ello durante los casi cuatro meses que duró su separación; si bien era cierto que no era dada a anclarse en las cosas, y mucho menos en las negativas o dolorosas, había dedicado muchas horas a pensar por qué se había casado con Bernard, qué le había atraído de él y en qué habían fallado ambos.

Fue casi al principio de la separación cuando conoció a Jordan. Aunque la impresionó su atractivo físico, su seriedad, que bien podía ser tomada por arrogancia, y su reputación, no lo demostró. Se hallaba confundida y triste

por su separación como para prestar atención personal a un cliente, por muy atractivo que fuera.

Sin embargo, a pesar de la aparente frialdad de ese connotado neurocirujano, la trataba con amabilidad, y ella pronto se dio cuenta de que no era arrogante, sino más bien tímido, lo cual la conmovió, dadas sus cualidades y su forma de vida.

Ella sabía perfectamente quién era él, había leído algunos artículos muy extensos sobre su extraordinaria memoria y, aunque el tema le parecía fascinante, supuso que él estaría harto de que siempre le estuvieran haciendo preguntas al respecto, lo cual, pensó, seguramente le hacía sentir como un conejillo de Indias.

—¿Recuerda que le dije que me gustaría poner unos helechos naturales en la recepción? —Le preguntó una mañana cuando apenas estaban haciendo los esbozos del proyecto de decoración.

—Claro que lo recuerdo —respondió él, con seriedad, pero sin presunción.

Ella lo miró igualmente seria y luego sonrió con tanta dulzura que Jordan se sintió desarmado.

—Por supuesto. Bueno, pues he pensado que además de los helechos podríamos poner unas elegantes macetas con tulipanes —explicó.

El médico apenas le prestó atención mientras pensaba, fascinado, que ella era quizá la única persona que había tenido trato directo con él y que no le había hecho una sola pregunta respecto a su prodigiosa memoria.

Había estado tan embebida en sus pensamientos que se sobresaltó cuando Jordan salió de su habitación, perfectamente vestido y listo para irse a la clínica.

Se puso en pie como un resorte y trató de disimular el rubor que acudió a sus mejillas al verlo después de haber estado pensando en su pasado en común.

Jordan la miró con seriedad, y quien no lo conociera bien habría supuesto que estaba molesto. Pero no lo estaba, al menos no con ella, sino consigo mismo, por todo lo que esa mujer le hacía sentir; y con su madre, por ponerlo en esa situación.

—Haré solo unos cambios mínimos, te consultaré antes, y le mostraré los supuestos avances a Dottie para que te deje tranquilo. Te prometo que no me verás por aquí.

Por un instante se sintió vil, pues seguramente su actitud huraña había

hecho suponer a Scarlet que le molestaba su presencia.

—Tienes absoluta libertad para hacer los cambios que consideres pertinentes. Tal vez mi madre tiene razón: hace falta un poco de color en este lugar.

Si lo dijo de buen humor ella no pudo deducirlo, pero el que le diera libertad de acción la dejaba aún más confundida.

—Debo irme —se despidió él de pronto, mirándola apenas.

Capítulo 6

—Doctor Madsen, el señor Julian Price está esperándolo, lo hice pasar a su oficina —anunció Sara tan pronto el médico entró a la clínica.

—Gracias, Sara.

«Vaya, una buena noticia» pensó, íntimamente aliviado.

Julian y él habían sido compañeros en el instituto para niños dotados y se habían hecho muy buenos amigos, ya que los dos eran huraños y preferían la soledad.

Price tenía un talento excepcional para las matemáticas y, aunque a Jordan no le atraían particularmente, su extraordinaria capacidad de retención era un aliciente muy potente para su amigo porque se enfrascaban en resolver largas y complejas ecuaciones. Además, a ambos les fascinaba la lectura, aunque Jordan sufría porque retenía en su mente hasta las comas y, en ocasiones, lo torturaban por días o semanas pasajes enteros que no tenía especial interés en recordar.

—Jordan, amigo. —Julian se puso de pie tan pronto lo vio entrar.

—Qué gusto verte, Julian. —Jordan se acercó y se saludaron con un fraternal abrazo.

Tras los saludos de rigor, ambos tomaron asiento.

—Creí que estabas en Europa —comentó el médico.

—Regresé hace una semana. Me invitaron a ofrecer una conferencia en Saint John, y aproveché para venir a visitarte.

—Pues me alegra mucho verte, deberíamos cenar juntos esta noche y ponernos al día —sugirió Jordan.

—Me parece una idea estupenda —Julian estaba realmente entusiasmado —. Y, ¿cómo te ha ido?

La expresión del doctor mudó de la relajada alegría a la seriedad, y su amigo supo que algo lo estaba torturando.

—Me ha ido bastante bien, no puedo quejarme. Pero vi a Scarlet hace unos días, y ahora está en mi casa.

Julian también adoptó una gran seriedad. Sabía lo que su amigo había sufrido cuando esa joven lo había abandonado para volver con su esposo.

—¿Cómo es que ahora está en tu casa? ¿Volvió contigo?

—No, no.

Jordan le explicó la imprudente, aunque bien intencionada, maniobra de su madre.

—Ella misma sugirió que la engañemos haciendo solo unos pequeños cambios para apaciguarla. Prometió que prácticamente no la veré —dijo tristemente.

Julian guardó silencio por un instante, pensando en lo difícil que debía resultar para su amigo tener a esa mujer en su casa.

—Me sorprende que la intuición femenina de tu madre haya fallado tanto en este caso. ¿Cómo es que no se ha enterado de lo que hubo entre Scarlet y tú?

—Bueno, a mí también me sorprende, pero ambos fuimos muy discretos, nunca nos vimos en público y ni siquiera mis hermanos se enteraron de nuestra relación.

—¿Ni siquiera Charlotte? —preguntó tímidamente Julian.

Bien, finalmente la había mencionado. Jordan había estado esperando casi de forma subconsciente que su amigo trajera a su querida hermana a colación.

—Solo Charlotte —replicó, esperando que su amigo le hiciera más cuestionamientos.

—Y, ¿cómo está ella, por cierto? —Julian trató de sonar casual, pero su nerviosismo lo traicionó.

Jordan rio para sí. Ambos eran considerados unos notables genios por la comunidad científica, y resultaba que por dos mujeres se veían reducidos a unos pobres imbéciles.

—Charlotte está muy bien, trabajando en su empresa, ya sabes, siempre le han gustado mucho las fiestas, y qué mejor que ser organizadora para asistir a muchas de ellas.

—No sé cómo puede soportar tanto alboroto —apuntó Julian.

—Yo tampoco. ¿Qué te parece si la invito esta noche a cenar con nosotros?

Estoy seguro de que le dará gusto verte. —Tan pronto lo dijo, Jordan se arrepintió de ello.

Charlotte era una chica maravillosa, vivaz, alegre y hermosa, y Julian había caído rendido ante sus encantos desde la primera vez que la vio. Él era un hombre bastante atractivo y la chica no tuvo inconveniente alguno en salir con él. Vivieron un intenso romance, pero su forma de vida y su manera de divertirse eran totalmente opuestas, por lo que las confrontaciones no se hicieron esperar hasta llegar a un rompimiento especialmente doloroso para el joven matemático.

—No creo que sea una buena idea —respondió.

—Está bien, fue estúpido de mi parte sugerirlo, discúlpame.

—No tienes por qué disculparte. Es ella quien no congenia conmigo.

—Supongo que siempre seremos bichos raros —replicó Jordan con resignada acritud.

—Tú odias ese término —señaló Julian.

—No podemos negar lo que somos, al menos para los demás —replicó el médico.

Julian dejó su asiento.

—Escucha, tengo que irme, aun debo preparar algunos detalles para la conferencia, pero te veré esta noche. Llámame para acordar en dónde nos veremos.

Se despidieron con un abrazo, y Jordan, entusiasmado por conversar más ampliamente con su amigo, se esforzó por olvidarse de Scarlet y concentrarse en su trabajo.

Cuando volvió a su departamento ella ya se había marchado. Todo estaba exactamente como lo había dejado, en ningún detalle podía percibirse que hubiera estado ahí.

Experimentó una profunda sensación de vacío.

Eran casi las seis de la tarde y, aunque todavía tenía bastante tiempo antes de ver a su amigo, decidió ducharse de una vez.

El agua tibia recorrió su cuerpo mientras cerró sus ojos para concentrarse en ese roce relajante. Sin poder evitarlo, su mente empezó a torturarlo con flashazos de él y Scarlet en esa misma ducha, acariciándose sin prisa bajo el agua de la regadera.

Revivió con exactitud la sensación de la tersa piel húmeda de ella, las curvas de su cuerpo, la textura de su cabello mojado sobre su espalda.

Reconstruyó con total certeza el sabor de su piel mojada y de sus labios frescos, el roce de plumas de los dedos de ella sobre su espalda, la forma como lo miraba.

Dio un puñetazo sobre las baldosas de la pared, frustrado. Dolía físicamente recordar con tanta fidelidad cada detalle. Qué irónico le parecía en ese momento que, lo que una vez le diera tanta serenidad, en ese instante fuera una tortura.

Capítulo 7

—Querida, ¿te ocurre algo? Pareces distraída —inquirió Bernard durante la cena, al ver que su esposa estaba abstraída en sus pensamientos.

No era usual que ella estuviera ajena a lo que ocurría en el momento, embebida en sus cosas.

—No me pasa nada. Solo estoy pensando que decorar el departamento del doctor Madsen es un verdadero reto.

Bernard siguió comiendo.

—Y eso, ¿por qué?

Scarlet lo miró con cierto sobresalto, pero supo disimularlo. Entrar en detalles con su esposo respecto a Jordan podía resultar un asunto escabroso. Pero recordó que ella había decorado la clínica, y eso le daba la excusa perfecta.

—Como bien sabes, el doctor Madsen tiene una memoria prodigiosa, es capaz de recordar cualquier dato, cualquier nombre, cualquier persona y cualquier información que perciba.

Bernard la miró perplejo, no entendía el punto de su esposa.

—Él prefiere que sus espacios tengan la menor cantidad de detalles posible para no saturar más su mente —explicó ella—. Es como un ordenador que almacena muchos, muchísimos datos, y se sobresatura debido a toda esa información.

—Entiendo. Pero tú eres muy talentosa, querida, estoy seguro de que encontrarás una solución, y el doctor Madsen quedará muy satisfecho.

—Eso espero —repuso ella, pensando en que eso último sería lo más complicado.

La velada estaba resultando de lo más entretenida. Jordan y Julian realmente tenían que ponerse al día. Hacía bastantes meses que el médico no se sentía tan tranquilo y relajado. Por un instante, breve y precioso, se desconectó de todo, incluso de Scarlet.

A veces pensaba que su apego a ella se debía más bien a la forma como la recordaba, pero sabía que todo lo que recordaba sobre ella era muy preciso, y eso lo confundía.

En ese momento no pensaba en ella, sino que prestaba total atención a las aventuras de su amigo en Europa, si es que podían llamárseles así, ya que Julian era casi tan reservado y huraño como él.

Recordaron con cierta nostalgia, y a la vez algo de alivio, sus años en el instituto para niños dotados, y luego hablaron largamente de lo que estaban haciendo en la actualidad, lo cual llevó a Jordan a comentar a su amigo el proyecto que pensaba echar a andar el esposo de Scarlet.

Se sintió estúpido al mencionar aquello. ¿Es que ella tenía siempre que aparecer de un modo u otro en su vida?

Julian le preguntó si pensaba colaborar con Bernard y él respondió que no lo sabía. Consideraba que era una muy buena causa, y además no tendría contacto constante con él, pero era un hombre muy ocupado y no sabía si podría encontrar el tiempo para ello.

Se despidieron bien entrada la noche, prometiendo que se verían otras veces antes de que Julian regresara a Filadelfia, donde residía.

Si Jordan esperaba que el trabajo de Scarlet irrumpiera en su departamento como un torbellino, se equivocó. Habían pasado varios días desde que ella llegara ahí con Dottie y, aunque él le había dejado una llave para que entrara y saliera a su antojo (lo que además llevaba el mensaje implícito de que prefería que trabajara en su ausencia), no se notaba su labor por ningún lado.

Le hubiera gustado llamarla y preguntarle qué era lo que estaba pasando, pero eso iba en contra de su salud mental, y prefirió quedarse con la

curiosidad.

Ella despejó la incógnita al día siguiente. Llegó alrededor de las nueve y media de la mañana, calculando que él ya hubiera salido rumbo a la clínica, pero no recordó que Jordan tenía la costumbre de trabajar por la tarde los jueves, mientras que el doctor Schultz lo cubría por las mañanas.

Así que se topó de frente con él cuando entró al departamento. Se hallaba terminando el desayuno en la barra y se puso de pie abruptamente al verla en medio de su sala de estar.

Ella pareció contrariada por un instante, pero entonces recordó qué día era, y se recompuso rápidamente.

—Disculpa, pensé que no estabas. Olvidé que es jueves.

—No te preocupes —replicó él con seriedad.

Ella se acercó con su soltura y gracia características.

—En realidad me alegro de que estés aquí porque traigo los esbozos del trabajo que quiero hacer, y lo mejor es que los veas de una vez para que me digas si te agradan o no.

Con agilidad sacó de un gran portafolios unas hojas impresas donde aparecían imágenes simuladas del departamento con los cambios que pensaba llevar a cabo.

—Tu sofá es perfecto, así que solo pienso cambiarlo de lugar y colocar algunos cojines de colores neutros. Este cuadro —continuó— lo encontré en una galería en Soho, y me fascinó, estoy segura de que se vería maravilloso en la sala. Para la recámara he planeado esto. —Y pasó la hoja para mostrarle los cambios.

Jordan admiró el trabajo: definitivamente ella podía ser muy empática a la hora de pensar en las necesidades de sus clientes. Pero él no era un cliente como cualquier otro, ella lo conocía más íntimamente que ninguna otra persona en el mundo y se daba cuenta de que comprendía muy bien sus requerimientos personales.

—Me gusta, me gusta mucho —le dijo, tratando de vencer el impulso de mirarla.

Ella sonrió como una niña a la que han elogiado por su buen desempeño escolar.

—¿De verdad? Temía que fuera muy radical para ti, pero traté de mantener el estilo original. —Se retiró un poco cuando se dio cuenta de la cercanía física entre ambos.

Él también fue consciente de que estaban demasiado cerca, pero no hizo ningún movimiento.

—Estoy segura de que con estos pequeños cambios Dottie estará satisfecha, y te dejará en paz por un tiempo. —Sonrió al decirlo, y él sintió un pinchazo en el estómago al percibir su complicidad de antaño.

—Espero que así sea. —Y se alejó repentinamente.

Necesitaba poner distancia entre ellos, no porque temiera perder el control, sino porque le hacía daño su cercanía.

Se odió a sí mismo. Después de todo lo que había vivido, de sentirse como un bicho raro durante su infancia y adolescencia, de sortear su rechazo al trato con la gente, del agobio por parte de quienes querían conocerlo y estudiarlo, su obsesión por Scarlet le resultaba patética.

Todos los demás hombres, los hombres «ordinarios», vivían sus vidas normalmente; la gran mayoría de ellos conocían a una chica, se enamoraban, vivían un romance, se divertían; algunos, quizá, se casaban, y otros continuaban divirtiéndose. Pero no creía que centraran en una mujer sus esperanzas de gozar un poco de felicidad, y tampoco que se desgarraran por dentro al perderla. ¿Por qué él tenía que sentir de forma diferente? ¿Y por qué habría tenido que enamorarse de una mujer que ya tenía su vida hecha con otro?

En un arrebato de valentía pensó que tenía que aprovechar la ocasión para enfrentar su situación. Si iba a ver a Scarlet con frecuencia en los siguientes días, trataría de tomarlo naturalmente y obligarse a no pensar en ella sino como una simple decoradora.

Se volvió hacia ella a medio camino hacia la habitación.

—Me agrada lo que planeas hacer.

Ella pensó que se veía aún más atractivo con esa actitud segura, inusual en él, y se apresuró a marcharse, con el pretexto de ir a comprar los accesorios que necesitaba para llevar a cabo su trabajo.

Capítulo 8

—Mamá quiere que comamos en casa este fin de semana —le anunció Charlotte por teléfono.

—Me parece bien —respondió Jordan, que estudiaba algo en su computadora.

—Theo tiene unos asuntos en Denver, y al parecer estará fuera por dos semanas, así que mamá quiere que nos veamos antes.

—¿Cuándo se va?

—El lunes.

—Julian está aquí —le dejó ir a quemarropa a su hermana.

—¿Sí? Y, ¿cómo está? —cuestionó en tono casual.

—Está muy bien. Estuvo en Europa por unos meses, regresó para ofrecer una conferencia en una universidad. Estará aquí unos días más.

—Me alegra que esté bien. —Charlotte sonó entre nostálgica y aliviada, y su hermano se preguntó si aún albergaría sentimientos por su amigo.

—Tal vez lo invite a comer con nosotros. A mamá y a papá les dará mucho gusto verlo —sugirió él.

—Bien, como quieras. Debo irme, te veré el domingo. —La chica cortó la comunicación precipitadamente.

Esa era Charlotte, espontánea, impulsiva, desentendida. Jordan sabía que a veces su actitud desenfadada era solo una fachada para tratar de ocultar a los demás que las cosas realmente la afectaban, y quienes no la conocían a fondo podían encontrarla fría e insensible.

Un poco más tarde llamó a Julian para comunicarle la invitación. Aunque su amigo deseaba a toda costa evitar un encuentro con Charlotte, quería sinceramente ver a los padres de Jordan, ya que siempre lo habían tratado con

mucha cordialidad y le habían abierto las puertas de su hogar. Los Madsen eran un caso único para Julian: eran una familia en toda la extensión de la palabra, siempre estaban al tanto los unos de los otros y los hermanos compartían una complicidad muy difícil de encontrar en la mayoría de las familias estadounidenses. Por eso le agradaba convivir con ellos, pues Roger era un hombre muy jovial e inteligente y Dottie, a pesar de sus frivolidades, era sumamente amable.

—Me dará mucho gusto ver a Dottie y a Roger —declaró, encantado.

Él y Charlotte no habían quedado en malos términos, pero él aún la extrañaba. Esa chica alocada, rebelde y alegre le había contagiado una energía y una vitalidad que antes no hubiera creído poder sentir, a pesar de sus formas de ser tan opuestas.

Sin embargo, la realidad los había golpeado en la cara cuando fue evidente que él estaba impedido para acoplarse al ritmo de vida y de trabajo de Charlotte.

Aunque la chica amaba la dulzura de Julian, sus modales, y lo admiraba por su inteligencia, pronto resultó evidente que no podían compaginarse, y luego de unas semanas de salir juntos, tomó la dolorosa decisión de dejar de verlo. Ella no quiso admitirlo abiertamente, iría en contra de su imagen, pero también había sentido muchísimo el rompimiento.

Capítulo 9

Jordan Madsen se había preguntado muchísimas veces qué se sentiría ser una persona normal, con un coeficiente intelectual promedio y ninguna característica física, mental o biológica que lo hiciera diferente a los demás. Un hombre como cualquier otro, que podría confundirse sin problemas en medio de una muchedumbre o en un grupo cualquiera.

Se lo había preguntado alguna que otra vez a sus hermanos, pero sus respuestas no satisfacían su curiosidad.

Se dirigía a su oficina cuando sonó su móvil. Era Dottie.

—Dime, mamá.

Su madre lo saludó con gran entusiasmo, al parecer estaba muy contenta; la llamada era únicamente para recordarle que lo esperaba a comer el domingo. Jordan le anunció que había invitado a Julian.

—Me encanta la idea, hijo, hace mucho que no lo vemos y, sin duda, nos dará mucho gusto que venga. Hasta el domingo.

Poco después entró al quirófano. Era evidente que la cirugía que tenía programada para esa tarde se prolongaría bastante debido a que el tumor tenía ramificaciones diminutas que no habían detectado en los exámenes, y que complicaban todo el procedimiento.

Cuando llegó a su departamento, alrededor de las diez y media, se sorprendió de que el aroma de Scarlet aún flotara en el aire. Reconocería esa fragancia en cualquier parte, era la favorita de ella.

¿Qué estaría haciendo en ese instante? ¿Acaso ya estaría dormida? No pudo resistir la tentación de llamarla y, con el pretexto de felicitarla por los cojines que había agregado a su sofá, el sillón blanco nuevo y el óleo impreciso pero hermoso que había colgado en lugar del cuadro anterior,

marcó su número.

Sonó tres veces y ya iba a colgar, arrepentido, cuando ella contestó.

—Hola, Jordan.

Su voz era tan dulce que resultaba tranquilizante después de un día de arduo y estresante trabajo.

—Hola, Scarlet. Solo llamaba para decirte que me gustaron mucho los cambios que hiciste el día de hoy.

Ella sonrió como colegiala.

—¿De verdad te gustaron? Pero si son insignificantes. Si pudiera hacer mi trabajo con total libertad, transformaría todo el departamento.

—No necesitas hacer tu trabajo para transformarlo. Además, creí haberte dado total libertad —agregó.

Ella sonrió tristemente, sabiendo muy bien lo que quería decir con ello.

De pronto se sintió cohibido, y pensó que lo acababa de hacer era muy estúpido. Le deseó buenas noches atropelladamente y cortó la llamada antes de que Scarlet pudiera responderle.

Scarlet está acostada, su cabello casi negro resalta sobre la blanca almohada. Tiene los ojos cerrados y un brazo por encima de su cabeza, y ostenta la belleza soberbia, natural e irreverente de una Diosa.

Sentado en un pequeño sillón gris frente a la cama, la observa en silencio; piensa que podría estar así por siempre.

Como si sintiera el peso de su mirada, ella se estira, se revuelve un poco en la cama, abre sus ojos con pesadez y lo mira lánguidamente. Luego esboza una sonrisa radiante, llena de inocencia y de promesas. Parece del todo feliz. Él también sonríe, inevitablemente, contagiado por la vitalidad de ella, que aun soñolienta es una fuerza de la naturaleza.

Ella se incorpora un poco y apoya una mejilla sobre una de sus manos para mirarlo mejor.

Si pudiera empezar así todos sus días se sentiría del todo satisfecho.

Ella murmura, con la voz ronca aún por el sueño reciente:

—¿A qué se debe esa tremenda expresión de travesura, doctor Madsen?

Aquello es más de lo que puede resistir, y se abalanza sobre ella, la

envuelve en sus brazos y la llena de besos tibios, y se pierden felizmente entre las sábanas.

El teléfono, el inoportuno teléfono, le arrebató aquel recuerdo feliz que por un instante le permite volver al pasado.

—Siempre he admirado mucho a tu familia. —Las palabras de Julian dejaban entrever cierta melancolía.

—¿Por qué? —cuestionó el médico, intrigado.

Para él, su familia era tan ordinaria como cualquier otra. Bueno, a excepción de las excentricidades de su madre, el afán perfeccionista de Theo, rayano en lo patológico, las locuras de Charlotte, el buen humor implacable de Will... y su memoria.

Su amigo paseó la mirada lentamente por el hermoso jardín de los Madsen. Roger volteaba salchichas y carne para hamburguesas en el enorme asador, mientras bebía tranquilamente una copa de vino y charlaba con Theodore y su esposa, Marie.

William y Charlotte conversaban, al parecer de algo muy apasionante, con Camille, la socia de Charlotte, mientras Dottie desplegaba todas sus dotes de buena anfitriona ante Dixie y Bob, una pareja de buenos y viejos amigos.

—Tu familia no se parece a las demás —respondió—. Están muy unidos, siempre están en contacto y al pendiente unos de los otros.

Jordan asintió: su amigo tenía razón.

—La gran mayoría de las familias se dispersan, se separan. Tan pronto cumplen los dieciocho, los hijos se van a la universidad, y si los padres no se han divorciado para entonces, tendrán suerte si se ven en Día de Gracias o en Navidad, y eso, de mala gana y solo para sacar a relucir sus diferencias o rencores del pasado.

La mente de Jordan viajó a su adolescencia cuando, en el verano, sus padres los llevaban a la cabaña en el lago George.

La cabaña era una casa rústica, sólida y muy confortable, de troncos gruesos y oscuros. Había un sofá enorme y viejo, pero cómodo, en el que se sentaban a practicar divertidos juegos de mesa. Había mantas de lana y alfombras que hacían el lugar muy acogedor, pero era evidente la ausencia de

pieles de animal, ya que Roger era enemigo declarado de la cacería por deporte.

Cuando Theo cumplió dieciocho rehusó a hacer el tradicional viaje veraniego, pero Jordan recordaba que su padre lo había llamado aparte una tarde.

—Hijo —La voz de Roger sonaba tan triste y serena que Jordan sintió cómo se encogía su corazón—, sé que ya no te divierte como antes ir a la cabaña; ya no eres un chico, tienes otros intereses y estás a punto de entrar a la universidad. Pero es precisamente por eso que quiero que vengas con nosotros. Estoy seguro de que esta será la última vez que podremos estar todos juntos en un viaje como este, y no quiero perdérmelo por nada del mundo. Tampoco quiero que tú te lo pierdas.

Jordan recordaba claramente que la voz de su padre estaba cargada de una honda nostalgia. Theo guardó silencio unos segundos, y su padre continuó argumentando lo especial que sería aquel viaje. Luego, el chico dejó escapar un «está bien, papá, iré» con fingida molestia.

Fueron las mejores vacaciones de todas y, como temía su padre, las últimas que compartieron todos juntos.

—Sí, supongo que he tenido mucha suerte —reconoció al evocar para sí ese incidente, y algunos otros que demostraban lo mucho que se amaba su familia.

—¡Por supuesto que has tenido suerte! —exclamó Julian, a quien no faltaban ganas de golpear a su amigo para que abriera los ojos—. Toma a mi familia, por ejemplo: mis padres se divorciaron cuando mi hermano y yo éramos muy chicos, y cada cual hizo su vida por su lado sin importarles nada cómo nos sentíamos Irving y yo.

—Fue una situación difícil, pero tú sabes que tus padres te aman. Me sorprendió que saludaras a Charlotte con tanta afabilidad. —Creyó conveniente cambiar de tema, aunque el elegido fuera igualmente espinoso.

Julian bebió tranquilamente de su copa de vino.

—Estoy empleando otra estrategia, amigo.

Jordan lo miró, interrogante, y Julian decidió explicarse, divertido por la expresión de su amigo.

—Se trata de la táctica «ya no estoy interesado en ti». La indiferencia es un arma poderosa, Jordan.

La seguridad con que lo dijo era algo nuevo en él, y Jordan quiso saber qué

había operado ese cambio.

—En Europa me di cuenta de algo que no había notado: la gente ama a los genios. No me gusta considerarme como tal, pero recibí tantas muestras de admiración y respeto, que me abrieron los ojos. Siempre me he sentido como un espécimen de laboratorio, cuando en realidad puedo sacar partido a mi «genialidad». No tienes idea de cuántas chicas consideran un alto IQ como un atributo muy atractivo.

Jordan dejó escapar una sonora carcajada, lo que provocó que todos se volvieran a verlos, incluida Charlotte, a quien no había pasado desapercibido el hecho de que Julian apenas si la había mirado una o dos veces durante toda la tarde, y más bien de forma casual.

Quizá la teoría de Julian fuera pretenciosa y no tuviera bases científicas, pero lo ponía de muy buen ánimo verlo tan seguro de sí mismo.

Su buen humor habría continuado durante toda la tarde si su madre no hubiera hecho un anuncio inoportuno un poco después, cuando estaba toda la familia conversando. Dixie y Bob ya se habían marchado.

—La próxima semana será el cumpleaños del señor Livingston, y ofrecerá una gran fiesta a la que todos estamos invitados. —Dottie se dirigió a su familia en general, pero miró significativamente a Jordan, advirtiéndole sutilmente que no sería aceptada una negativa por su parte.

«¡Es el colmo, asistir al cumpleaños del marido de Scarlet!» pensó Jordan, indignado y molesto con su madre, aunque sabía lo injusto que estaba siendo con ella.

Bien, trataría de no tomárselo tan a pecho; no contravendría los deseos de Dottie, cuyo afán de estrechar relaciones con los Livingston no comprendía, pero de último momento encontraría una muy buena excusa para no asistir.

Capítulo 10

No podía negar que Scarlet había hecho un buen trabajo, a pesar de no haber realizado modificaciones significativas. Una pequeña fuente de mesa, con su hipnótico sonido, y unas velas colocadas estratégicamente surtían un efecto muy relajante.

Era jueves, así que podía permanecer en cama un poco más tiempo de lo habitual. El ruido de la puerta de entrada abriéndose, sin embargo, estropeó su propósito. Se levantó de prisa. Seguramente Scarlet había olvidado nuevamente que los jueves él iba a la clínica por la tarde.

Se disponía a dejar en el suelo unos rollos de papel tapiz, que finalmente había decidido instalar en una de las paredes más desnudas del lugar, cuando una figura saliendo de la recámara la sobresaltó, haciéndola tirar todo lo que venía cargando.

—¡Jordan, creí que ya te habías ido! —La chica se llevó una mano al pecho, agitada.

Él se apresuró a ayudarla a recoger las cosas del piso.

—Es jueves —explicó en tono culpable.

Ella admitió su torpeza con un curioso gesto.

—¡Dios, siempre lo olvido!

—Una de mis maestras en la universidad solía decir que quienes no saben en qué día viven deben ser muy felices.

Ella rio sin poder evitarlo, mientras ambos dejaban los rollos, cajas y otras cosas sobre la mesa del comedor.

—Si así fuera, yo sería la persona más feliz del mundo —admitió.

—Sí, pero la felicidad no existe, ¿cierto?

—¿Ya desayunaste? Puedo prepararte algo, si quieres. —El ofrecimiento

sonó tan natural que Jordan no pensó que tuviera el propósito de cambiar de tema.

Él se dirigió de nuevo a su habitación con el fin de ducharse.

—Mi madre te paga por decorar mi departamento, no para que cocines para mí —replicó de buen humor.

Ella volvió a reír; era muy agradable verlo así de jovial.

Veinte minutos después salió, recién bañado, afeitado, oliendo a agua de colonia, vistiendo formal y sobrio como siempre, y luciendo tan atractivo como de costumbre.

Scarlet dejó de respirar por un segundo y tuvo que esforzarse para volver a concentrarse en su labor, mientras él maniobraba diestramente en la cocina al preparar el desayuno.

—¿Quieres café?

—Claro —respondió ella sin mirarlo, aparentemente enfocada en planear la instalación del tapiz.

Hizo una pausa cuando él le sirvió el café y se sentó en la barra con el fin de acompañarlo mientras él tomaba su desayuno.

—¿Irás a la fiesta de Bernard? —le preguntó ella para romper el silencio, a pesar de que ambos parecían estar muy cómodos.

Él la miró sobre la taza de café.

—No lo creo —respondió con tranquilidad.

—¿Por qué? —parecía realmente desconcertada.

—No me parece correcto.

—¿No te parece correcto? No veo por qué.

Él no pudo decidir si Scarlet era muy ingenua o muy cínica.

—¿No ves por qué? ¿Has olvidado que tuviste un romance conmigo?

Ella se acomodó en el banco.

—Claro que no, pero eso ya pasó. Y no fue un romance, fue una relación seria. Además, ahora somos amigos.

Él no estaba de acuerdo con lo último, pero no iba a discutir con ella.

—Tal vez, pero me sentiría muy incómodo al estar en casa de tu esposo después de lo que pasó entre nosotros.

—No parecías sentirte incómodo cuando nos veíamos. —Ella se irguió, desafiante.

—No lo estaba, porque nunca nos vimos en tu casa. Además, tú me habías asegurado que lo más probable era que Bernard y tú se divorcieran. Si aún

hubieras estado con él, o yo hubiera sabido que no pensabas dejarlo, jamás habría aceptado que tuviéramos una relación.

Scarlet iba a decirle que no habría creído que fuera tan puritano, pero pensó que él tenía razón; después de todo, ella tampoco habría accedido a tener una relación con otro hombre si en ese momento hubiera estado viviendo con Bernard; incluso, aún separada de él no había podido evitar sentirse culpable, pero tenía que admitir que había perdido la cabeza por Jordan. No se trataba únicamente de atracción física; la conmovía hasta lo más profundo su dulzura, su aparente timidez, su inseguridad, a pesar de ser un hombre tan apuesto, inteligente y con una situación económica y profesional privilegiada.

Cuando Bernard le propuso que se dieran una segunda oportunidad, no dudó demasiado en aceptar; estaba aterrada, nunca había sentido por nadie lo que sentía por Jordan. Ella, que estaba acostumbrada a manipular sus emociones y las de los demás a su conveniencia, estaba entonces a merced del vértigo que ese hombre le hacía sentir.

Por un instante se cuestionó por qué había accedido a ser esposa de Bernard, aunque sabía a ciencia cierta que lo había hecho por la seguridad financiera y emocional que le ofrecía. Era un poco mayor que ella, tenía una posición económica envidiable y ella era muy consciente de no estar enamorada de él, a pesar de ser un hombre apuesto y muy seguro de sí.

De pronto se dio cuenta de que, aunque estaba de acuerdo con las objeciones de Jordan, realmente quería que asistiera a la fiesta de Bernard. Estaba a punto de terminar su trabajo en el departamento y quería prolongar al máximo las oportunidades de verlo.

—Jordan, no creo que tenga nada de malo que asistas a la fiesta. Ya no estamos viéndonos, él invitó a toda tu familia y, además, la fiesta no será en nuestra casa.

—¿Ah, no? Mi madre no me dijo eso. ¿En dónde será?

—Bernard alquiló el restaurant Rigatto's.

Bien, si la fiesta no sería en la casa de Bernard, tal vez no se sentiría como un verdadero hipócrita por asistir a la celebración de su cumpleaños.

—En ese caso, lo pensaré —dijo como con descuido.

Capítulo 11

—¿Cómo te has sentido, Jordan? Te ves muy bien —Erika Fields lo saludó afablemente luego de tres semanas de no verlo por su consultorio.

Jordan tomó asiento en el sofá de costumbre y suspiró con satisfacción.

—Me he sentido bien, realmente.

—Me da mucho gusto escuchar eso. ¿Quieres un té, una soda?

—Té estará bien, gracias.

La siquiatra sirvió dos tazas de té con esos ademanes pausados y seguros que a Jordan le transmitían gran tranquilidad. Luego se sentó frente a él.

—¿Leíste el artículo que te envié sobre las técnicas de relajación?

—Sí, lo leí, y me pareció muy interesante. Desafortunadamente, en estos momentos no tengo tiempo para aplicarlas.

—No se necesita tanto tiempo, y es algo que te traerá beneficios. Deberías intentarlo, diez o quince minutos antes de dormir.

—He estado muy ocupado estas últimas semanas.

La siquiatra lo miró a través de sus elegantes gafas y no tuvo que formular verbalmente la pregunta.

—Me invitaron a dar unas conferencias en la Universidad de Nueva York; además, estoy estudiando un proyecto para una fundación que busca investigar el Alzheimer.

Erika volvió a mirarlo, interrogante. Jordan permaneció inmóvil en el sofá, a pesar de que tener que explicarse le incomodaba.

—El esposo de Scarlet me lo propuso, su madre fue diagnosticada recientemente con esa enfermedad y él quiere hacer algo por ayudarla. Pero aún estoy pensando si debo aceptar o no.

No temía que la doctora lo juzgara por tener un acercamiento con el esposo

de la mujer con quien había sostenido una relación sentimental; ella conocía muy bien los detalles de esa relación y cómo lo había hecho sentir la ruptura.

—¿Has visto a Scarlet?

Él agachó la mirada y demoró unos segundos en responder.

—Sí, la he visto. Mi madre —abundó—, insistió en que decore mi departamento y, dado lo persistente que puede llegar a ser, Scarlet y yo decidimos que solo pretenderíamos llevar a cabo el trabajo.

—Pareces estar cómodo con ello —señaló.

Él cambió de posición.

—Al principio me costó trabajo, ver nuevamente a Scarlet fue casi traumático, por decir lo menos. Debo confesar que el tenerla en mi casa, rondando como si fuera el ama y señora me ha dado una sensación de calidez que apenas había logrado atisbar cuando nos veíamos.

La terapeuta siguió mirándolo por entre las gafas, pero no dijo nada; quería que él siguiera hablando, y sabía que había algo más que tenía que decirle.

—No sé lo que haré cuando termine su labor y ya no tenga que ir a mi casa.

—Tendrás que hacer lo mismo que hiciste la primera vez: resistir. —A pesar de sus palabras, no sonaba como una terapeuta dando indicaciones, sino como una vieja amiga—. Tendrás que tomar medidas drásticas para no decaer en tu ánimo. Yo creo —añadió— e insisto en mi sugerencia de que deberías tomar unas vacaciones, unas largas y relajantes vacaciones.

—Debería hacerlo, ¿verdad? —admitió, con una sonrisa casi triste—. Mis padres tomarán un crucero en primavera, y me invitaron a ir con ellos.

—Yo, en tu lugar, no lo pensaría demasiado —aconsejó ella, de una manera tan jovial que Jordan esa vez sí sonrió alegremente.

—¿Te ocurre algo? Pareces distraída.

Violet, amiga de Scarlet y quien a veces hacía de su asistente, la miró con extrañeza mientras se esforzaba por escoger un papel tapiz entre el enorme muestrario de la tienda.

—No me ocurre nada. Lo que pasa es que con Jordan es mucho más difícil escoger las cosas, debo tener mucho cuidado en seleccionar lo que considere

que no le va a molestar.

—¡Qué hombre más irritante! —señaló la otra con desdén.

—No digas eso —Scarlet la miró con desaprobación—. No es irritante, es solo que tiene necesidades especiales. Fuera de eso es un hombre tierno y considerado, dulce y... —Sexy —completó Violet—. No puedo negar que es muy atractivo.

Muy a su pesar, Scarlet se sonrojó. Su amiga tenía razón. Lo que la inquietaba era que antes no había tenido problemas para lidiar con ello, y a últimas fechas le costaba más trabajo sacar de su mente todas esas cosas que tanto le atraían del físico de Jordan. Pero lo que más le preocupaba era que no solo sentía gran atracción, sino que le gustaban mucho sus manías, su torpeza para tratar con la gente, su timidez, su sapiencia.

En los últimos días, mucho más que antes, había tenido oportunidad de comparar a Jordan y a Bernard; este último era seguro de sí mismo, demasiado para su gusto, al punto de llegar a parecer arrogante; tenía una naturaleza generosa y hasta cierto punto despreocupada, como si pensara que la solución a cualquier problema que pudiera presentársele en la vida, por complicado que fuera, estaba al alcance de su mano por obra y gracia de ser él.

Y aunque para ella era muy cómodo que su esposo supusiera que podía resolver cualquier inconveniente, a veces la hacía sentirse como un simple accesorio. Con Jordan, en cambio, se sabía necesitada, y aquello la halagaba y la asustaba en la misma medida.

Lo cierto era que no quería terminar el trabajo en casa del médico, porque entonces ya no tendría ninguna excusa para verlo; podrían encontrarse en algún evento artístico o de caridad, pero no tendrían la intimidad que habían tenido en los últimos días.

De pronto se sintió muy molesta consigo misma: estaba confundida, y lo odiaba. Hasta hacía muy poco su vida había sido sencilla, sin complicaciones, siempre se había limitado a decidir lo que para ella fuera más conveniente, sobre todo en los aspectos material y emocional. Con Bernard tenía estabilidad en ambos aspectos, ¿por qué se arriesgaría a aventurarse en una montaña rusa sentimental con un hombre que tenía tan profundos conflictos como Jordan?

Sacudió la cabeza y se concentró en su trabajo. Decidió que ya había utilizado demasiado papel tapiz y se inclinó por una pintura en color perla

con textura.

Capítulo 12

Maxine York era la mucha más bonita que el desaliñado y tímido Jordan Madsen había visto en su vida.

La veía todos los días en el Instituto porque la chica iba a recoger a su hermano Percival York, un pequeño de ocho años que era un genio en física.

Era una chica delgada, pero con curvas muy bien delineadas, que se dejaban ver a través de sus jeans y la chaqueta de mezclilla que llevaba casi siempre. Jordan recordaba muy bien el verde cristalino de sus ojos, sus rizos rubios y el rosa tierno de sus labios.

Investigó entre sus colegas y descubrió que ella tenía catorce años, igual que él, pero, a diferencia suya, la chica parecía despreocupada y segura. A los compañeros de su hermano, sin importar su edad, los miraba como a bichos raros.

A Jordan le había bastado una mirada para memorizar cada una de las líneas de su rostro, el color exacto de sus ojos y la forma en que su cabello se balanceaba con el viento.

Recordaba perfectamente aquella mañana soleada de primavera en que se armó de valor y se plantó frente a ella cuando se dirigía al aula donde Percival tomaba clases ese día. La chica lo miró con extrañeza.

—Hola —logró decir él.

—¿Qué quieres? —preguntó ella sin tratar de ocultar su hostilidad.

No le gustaban los compañeros ni la escuela de su hermano, pero sus padres le habían asignado la tarea de recogerlo todos los días al salir de clases.

—Me llamo Jordan. Estudio aquí —explicó, esforzándose por no titubear.

—Eres un geniecito. —La chica se había cruzado de brazos, lo que reforzó

su tono desdeñoso.

Él se encogió de hombros. No le gustaba que le llamaran genio, y «geniecito» sonaba aún peor.

Ella hizo ademán de continuar su camino. Entonces él se armó de valor; había luchado mucho consigo mismo para atreverse a acercarse a Maxine, y tal vez no tendría otra oportunidad.

—¿Te gustaría salir conmigo? No sé, tal vez a tomar un helado o al cine —dijo atropelladamente.

Esa vez el gesto de desprecio de la chica era demasiado obvio para malinterpretarlo. El muchacho se sintió estúpido en el mismo instante.

—Eres un fenómeno, jamás saldría contigo. —Y se dirigió a su destino, dejándolo ahí plantado en medio del jardín escolar.

Aquel primer acercamiento a las mujeres, por amargo que fuera, le había dejado varias lecciones.

Cuando se preguntaba cómo lidiar con Scarlet siempre sacaba a relucir ese incidente, selectivamente bloqueado, no sin trabajo, de su memoria recurrente.

A diferencia de la mayoría de las personas, Scarlet parecía no tener problemas para sobrellevar su «genialidad»; por el contrario, al parecer se sentía muy cómoda con ella. Además, ella lo encontraba atractivo, no solo físicamente sino en otros aspectos, y eso le hacía sentirse seguro y confiado.

Reflexionó por un instante y cayó en la cuenta de que ya no era ese adolescente inseguro y renegado de su don. Si Maxine no hubiera sabido que él era un estudiante de ese instituto para niños dotados tal vez habría aceptado salir con él.

Recordó la disparatada teoría de Julian sobre el atractivo de la inteligencia y el poder de la indiferencia.

El timbre del teléfono interrumpió sus divagues.

—Jordan, solo llamé porque mi madre me exigió recordarte que la fiesta por el cumpleaños de Bernard Livingston es esta noche en Rigatto's. —La voz de Charlotte tenía una cómica nota de disgusto.

El doctor rio, y Charlotte tuvo que admitir que aquello era extraño; su

hermano no solía reír con mucha frecuencia, y menos tratándose de Scarlet.

—¿Qué es tan gracioso? —inquirió, también a punto de reír.

—Que mi madre piense que tiene que recordarme las cosas —respondió él. Ambos rieron de buena gana; amaban a su madre, pero no tenían reparos en reírse un poco a costa de sus defectos y desvaríos.

—Supongo que los Livingston no tendrán inconveniente si llevo a un invitado, ¿verdad? —preguntó él de forma casual.

Intrigada, su hermana le preguntó a quién pensaba invitar.

—A una vieja amiga, compañera de la universidad y colega —explicó.

—No creo que Bernard Livingston tenga ningún inconveniente, y su esposa no puede decir nada al respecto —señaló Charlotte, dejando en claro que todavía le guardaba rencor por haber hecho sufrir a su querido hermano.

Se despidieron luego de acordar verse en la fiesta.

La primera vez que visitó a un siquiatra lo hizo en contra de su voluntad. Dottie había insistido, y lo hizo con tanta persistencia —su especialidad— que por fin logró salirse con la suya, como de costumbre.

Jordan recordaba perfectamente todos los detalles de ese día. Todavía antes de salir de la casa aseguró que no iría a ver a ningún siquiatra. Su padre lo había apoyado durante las semanas que había durado el debate, pero al fin tuvo que aceptar que quizá, esa vez, su mujer no estuviera equivocada con respecto a su hijo.

El chico llevaba varios meses en un ostracismo exasperante; casi no salía de su habitación y no hacía nada además de permanecer acostado durante horas con los ojos cerrados. Roger estaba seguro de que ni siquiera dormía, solo pretendía aislarse del mundo. Al principio pensó que era una fase de la adolescencia, pero aquello continuó, y los periodos de aislamiento eran cada vez más prolongados.

Accedió a llevar a su hijo con un renombrado médico que le habían recomendado en el mismo instituto donde estudiaba el joven.

Durante todo el trayecto guardaron silencio. A Roger le hubiera gustado decirle que todo era por su bien, que lo único que su madre y él pretendían era ayudarlo; que deseaban que fuera feliz, que les dolía verlo en ese estado

que ni sabían cómo llamar, porque se negaban a creer que su hijo fuera víctima de la depresión.

Jordan se limitaba a mirar por el vidrio del auto la menuda lluvia que caía en esa mañana de septiembre; era uno de esos días que lo deprimían más que de costumbre.

El consultorio del doctor Ward era un lugar agradable, elegante y sobrio. A Jordan le tranquilizó aquello, pero tan solo veinte minutos después, decidió que no volvería. El médico parecía muy profesional, pero había en sus ademanes y en su voz una cierta indiferencia que lo llevó a concluir que seguramente Ward había sido un *nerd* en su juventud.

Él no quería hablar con otro genio, ni siquiera estaba seguro de querer hablar de lo que lo atormentaba; sabía que muchos de sus compañeros en el instituto podrían entender por lo que estaba pasando, sus frustraciones y su ira, pero nunca lo había externado abiertamente, y no quería la condescendencia de Ward.

Su padre aceptó en silencio su resolución de no volver y buscó por su cuenta otro siquiatra.

Siempre había sido parco en su arreglo personal, no por descuido o por exceso de vanidad, sino simplemente porque nunca había considerado necesario esforzarse, y además le parecía un desperdicio invertir más del tiempo necesario en acicalarse y vestirse. Era un hombre muy práctico que valoraba mucho su tiempo. Se miró en el espejo de cuerpo entero de su habitación y concluyó que estaba listo.

Sabía que llegaría antes de la hora acordaba para pasar por Melissa, pero no le importaba esperar un poco.

Cuando la chica abrió la puerta, era evidente que estaba prácticamente lista: lucía un hermoso vestido negro con un escote muy sugestivo y su cabello rojizo caía graciosamente sobre sus hombros y su espalda.

—Hola, cariño —lo saludó con un beso y le cedió el paso.

—Estás preciosa —señaló él, y correspondió a la enorme sonrisa que la joven le dedicó.

—Y tú, guapísimo como siempre. Seré la envidia de la fiesta —y le guiñó

un ojo con picardía.

Indicó a Jordan que se sentara y se dirigió a su habitación, diciendo que estaría lista en dos minutos.

A pesar de saber que vería a Scarlet, se sentía relajado; la compañía de Melissa siempre le era reconfortante. Se habían conocido en la universidad, y aunque ella era unos años mayor que él, se habían entendido a la perfección, ya que a ambos les fascinaba la neurociencia. Si bien Melissa se consideraba una chica bastante normal, era muy inteligente y dedicada, y ellos pasaban horas analizando casos y discutiendo teorías antiguas y nuevas por igual en el campo que los unía.

Dottie fue la primera en notar su llegada al restaurante y su mirada inquisitiva rápidamente se fijó en la guapísima joven que acompañaba a su hijo; nunca lo había visto con una mujer, y aquello le sorprendió. Se dirigió a saludarlos sin demora, movida por la curiosidad y el instinto protector.

Jordan adivinó de inmediato los pensamientos de su madre, y pensó con satisfacción que, quizá por una vez, no lo importunaría con sus afanes de solucionarle la vida.

Decidió que lo mejor sería saludar al hombre del cumpleaños de una vez por todas para sentirse libre de cualquier compromiso. Bernard se hallaba de pie, cerca de la mesa principal, charlando animadamente con una pareja y con Scarlet.

—Señor Livingston, buenas noches. Feliz cumpleaños. —El médico lo saludó con una afabilidad inusual en él y no quiso admitir para sí mismo que quería congraciarse con su conciencia.

—Doctor Madsen, muchas gracias, qué honor que haya decidido acompañarnos. —Livingston era todo amabilidad y soltura.

Jordan presentó a su acompañante y el anfitrión hizo lo propio.

Scarlet estaba preciosa en un vaporoso vestido con flores y una discreta gargantilla de brillantes que combinaba a la perfección con sus ojos, pero estaba mucho más callada que de costumbre; apenas si les dirigió una o dos frases de cortesía al doctor y a la chica.

Intercambiaron unas cuantas palabras triviales y luego el médico se dedicó a buscar a Charlotte, que hasta el momento era la única de sus hermanos que se había dignado a llegar a la fiesta. Su hermana recibió a Melissa con verdadero entusiasmo y pocos minutos después charlaban con tanta soltura y confianza que parecían conocerse desde siempre.

Él las escuchaba, complacido, y se obligaba a no mirar hacia donde estaba Scarlet. Había percibido en sus ojos una expresión muy peculiar cuando le presentó a su acompañante, y no quería interpretarla de ninguna manera.

Poco después sirvieron la cena y, tan pronto terminaron, varios invitados se dispusieron a disfrutar de la buena música.

—¿Bailamos? —sugirió Melissa.

No se consideraba un buen bailarín, de hecho, siempre se había sentido torpe, pero esa noche quería liberarse un poco de las ataduras que significaba el ser Jordan Madsen, el fenómeno de la memoria prodigiosa, el que no olvidaba nada, absolutamente nada, el genio. Quería olvidar...

Aceptó gustoso y no tardó en darse cuenta de que bailar no era tan difícil como él pensaba; por el contrario, resultaba incluso divertido moverse al compás de la música, soltar el cuerpo y que siguiera el ritmo que quisiera. Pensó que hacía mucho tiempo no se sentía tan bien, tan ligero.

Cuando la orquesta anunció que tomaría un descanso se miraron, cansados y felices.

Charlotte estaba más chispeante de lo usual y Jordan sospechó que se debía a las cuatro copas de vino tinto que había tomado durante la cena; su hermana raptó a Melissa para presentarla a sus hermanos y Jordan se vio solo por primera vez durante la noche, pero aquello no duró mucho porque pronto tuvo a Dottie a su lado.

—Y bien, ¿quién es ella, hijo?

—Mamá, es solo una amiga, te lo aseguro.

—Es muy bonita.

—Sí, lo es.

—¿Por qué nunca nos la habías presentado? —preguntó sin resentimiento.

—Porque ella está siempre tan ocupada como yo, mamá. Melissa también es neurocirujano.

Su madre expresó un «¿De verdad?» tan lleno de sorpresa, que Jordan supo que la chica se había ganado a la exigente Dottie Madsen.

Sonrió involuntariamente, pero su sonrisa se congeló cuando se topó de lleno con la mirada oscura y seria de Scarlet que se imponía a su sonrisa de revista. Fueron solo dos segundos en los que sus ojos se encontraron, pues luego ella tuvo que desviar la mirada para centrar su atención en el grupo que la rodeaba.

Su madre le hizo algunos señalamientos muy halagüeños sobre Melissa y

luego lo dejó solo para ir con Roger. La música ambiental había incitado a algunos comensales a permanecer en la pista de baile y se respiraba una atmósfera tranquila y distendida. Respiró profundo; pese a lo que había temido, esa noche estaba resultando bastante placentera.

Apenas sintió cuando Scarlet se paró a su lado.

—Me alegro de que lo estés pasando bien. Temía que no te sintieras cómodo. —Su voz era una caricia, pero sus ojos, serios aún, se posaban en las parejas que bailaban.

—En realidad —admitió, mirando al mismo punto que ella—, me estoy divirtiendo mucho.

Guardaron silencio por un instante.

—Melissa es muy bonita. ¿Hace mucho que la conoces?

—Desde la universidad.

De nuevo se hizo el silencio; él no sentía mayores deseos de hablar, no era necesario, y ella no sabía qué más decir. Pensándolo bien, le habría gustado mucho decirle que, en otras circunstancias, hubiera disfrutado mucho bailando con él. Sabía que él se consideraba torpe para ello y le sorprendió verlo en la pista con esa mujer en brazos dando vueltas con agilidad.

A lo lejos, Jordan vio a Melissa, quien lo vio a su vez, y lo saludó alegremente con la mano. Como si eso hubiera sido una señal, Scarlet se excusó, diciendo que debía atender a su esposo, y deseando que siguiera divirtiéndose. La joven doctora estaba atrapada por Dottie y Roger y Charlotte aprovechó para escabullirse e ir con su hermano.

—Hermanito, te felicito. Melissa es una estupenda chica, y mis padres están encantados con ella. —Se volvió a él y lo miró con solemnidad—. No tienes de qué preocuparte, mi madre ya está haciendo todos los planes para la boda.

Por un momento él la miró con igual seriedad, y luego ambos se soltaron a reír. Cuando se tranquilizaron, Jordan miró a su madre:

—Lo siento mucho por ella, se llevará una enorme decepción.

—¿Por qué? —cuestionó Charlotte—. Deberías intentarlo, son el uno para el otro.

Él se demoró unos cuantos segundos para incitar la curiosidad de su hermana, y cuando vio que no resistiría, se rindió:

—Melissa ya está casada.

Charlotte pareció no comprender, miró a la chica, que charlaba

alegremente con sus padres, sometida, sin duda, a un intenso interrogatorio.

—¿Cómo?

—Melissa ya está casada —repitió, divertido.

—Pero... eso no puede ser. Por favor, Jordan. ¿Cómo es que su esposo le permitió venir contigo a la fiesta? No es posible.

—Sí es posible. André y yo somos buenos amigos, pero en estos momentos se encuentra fuera de la ciudad. Sin embargo, no tiene inconveniente alguno en que su esposa salga a divertirse un rato conmigo.

Su hermana lo miraba como si no supiera en qué idioma le hablaba.

—Son una pareja excepcional, hermanita. La confianza que hay entre ellos es maravillosa, se cuentan todo, saben todo el uno del otro. Estoy seguro de que jamás se traicionarían, de ningún modo.

Charlotte miraba a la aludida con una mezcla de incredulidad y decepción.

—Pues, qué pena. Me hubiera gustado mucho que hubiera algo entre ustedes.

Se volvió a mirarlo y, mientras paseaba la vista por el salón, vio a Scarlet con un grupo de personas que rodeaba a su esposo. Lucía una seriedad inusual en ella.

—Por lo menos —murmuró— has logrado que cierta persona se ponga celosa.

Él pareció no entender, pero su hermana le hizo una seña en dirección a la anfitriona.

—Sí, claro —repuso con cierto sarcasmo, aunque tuvo que admitir para sus adentros que había adivinado algo de eso en la actitud de su amada y escurridiza Scarlet.

Miraba a sus interlocutores, reía discretamente con las ocurrencias de cada uno y aparecía como la anfitriona ideal; pero para quien la conociera bien, y eran muy pocas las personas que podían presumir de ello, estaba no solo pensativa sino molesta.

Bernard, por supuesto, no tenía la menor idea de ello; pasaba su brazo por la cintura de su preciosa esposa y su enorme sonrisa demostraba a las claras su convicción de que nada le faltaba en la vida.

Ella se esforzaba por no mirar hacia donde se hallaba Jordan. «¿Quién es esa mujer?» se preguntaba, atormentada, sin querer admitirlo.

Antes de la fiesta, no solo había aceptado que lo vería, aun en presencia de Bernard, sino que se sentía feliz por ello y hasta esperaba poder tener un momento a solas con él, hacer gala de esa complicidad entre ambos que se manifestaba incluso en sus silencios; tenía que reconocer que había disfrutado mucho su compañía durante esas últimas semanas.

Lo que no esperaba era que él apareciera del brazo de esa mujer espectacular. Al verlos llegar contuvo la respiración y un extraño brillo se posó en sus ojos, el destello de la incredulidad y de algo más profundo que no había experimentado nunca, pero que se sintió como un latigazo en el estómago.

«¿Quién esa mujer?» insistía su corazón. «¿Qué relación tiene con Jordan? ¿Acaso él la ama?».

No quería verlos, pero las dudas eran tan acuciantes que en cuanto esquivaba la atención de su esposo les dirigía miradas furtivas llenas de inquietud.

—Cariño, creo que iré a tomar un poco de aire fresco —se excusó, aprovechando que su grupo estaba enfrascado en una conversación sobre política, tema que ella detestaba.

Salió al jardín del restaurante, donde también había mesas y sillas, pero no estaban siendo utilizadas en la fiesta, y se sentó. Aspiró profundo, el aire fresco de la noche llenó sus pulmones y le devolvió un poco de la tranquilidad que había perdido.

Nunca se había sentido tan insegura, al menos no tratándose de hombres: en esa materia siempre había tenido el control. Aprendió siendo casi una niña lo que los hombres buscan en una mujer, especialmente si es joven y bonita, y también aprendió cómo tomar ventaja de ello. Sabía muy bien que después de Thomas Henderson, su gran amor de la preparatoria, no había vuelto a enamorarse y así se sentía muy cómoda.

Pero ver a Jordan al lado de esa mujer hizo tambalear los cimientos de su seguridad, no solo en los sentimientos de él hacia ella, sino en los suyos propios.

«Lo peor de todo es que ni siquiera tengo derecho a sentirme así», pensó, molesta y triste.

Permaneció unos minutos mirando la verde alfombra del césped bañado

por el agua de los aspersores y el jardín iluminado por series de luces; aspiró profundo y se dispuso a volver a la fiesta mostrando su mejor sonrisa. No tenía demasiadas intenciones de profundizar en la verdadera naturaleza de sus sentimientos, y en la misma medida rehusaba a que Jordan pudiera atisbarlos. Por Bernard no se preocupaba: él jamás le había prestado demasiada atención como para intuir que algo marchaba mal. Para él su vida era perfecta.

Capítulo 13

Si alguien hubiera preguntado a la joven Scarlet quién era el amor de su vida, habría contestado entre risas que era ella misma, pero en su interior la respuesta era otra: su padre.

Henry Eduard Laramy era el hombre más dulce, ecuánime y optimista que había conocido. Trabajaba como ejecutivo de cuenta en un banco desde hacía dieciocho años, y a pesar de que su sueldo no era lo que podría llamarse alto, se sentía bastante satisfecho; tenía un departamento pequeño, pero limpio y confortable, una esposa dedicada y dos hijos maravillosos, Jim y Scarlet. Ella era su adoración.

La vida de esa típica familia transcurría de forma sencilla y apacible, entre placeres sencillos. Una mañana sonó el teléfono. Trisha, la madre de Scarlet, palideció mientras al otro lado de la línea alguien le comunicaba que su esposo había sufrido un ataque cardíaco y se encontraba muy grave en el hospital. Dos días después falleció.

No entendía qué había pasado, qué había fallado: se suponía que su padre envejecería tranquilamente, que vería a sus hijos concluir la preparatoria y luego sería testigo de su graduación en la universidad. Los vería triunfar y formar sus propias familias.

Creía que los infartos solo afectaban a quienes sufrían de altas cargas de estrés, a las personas obesas y sedentarias. Su padre era feliz y sereno, corría cinco kilómetros todos los días y comía de forma relativamente sana.

Esa fue la primera vez que se rompió su corazón. Estaba enojada, furiosa con la vida, con el destino y con su padre, sentía que la había traicionado, que los había engañado respecto a su temperamento, quizá ocultaba demasiado bien sus angustias, sus temores, sus frustraciones. Pensaba con tristeza que lo

que Henry mostraba al mundo no era sino una máscara.

Tras la muerte de Henry, la madre de Scarlet, Trisha, se sumió en la depresión; pasaba los días recostada en el sofá sin hacer absolutamente nada, no se ocupaba de sus hijos ni de sí misma.

Jimmy tuvo que dejar la escuela y encontrar un empleo para sostener a su madre y a su hermana, porque no quiso tocar el pequeño fondo que su padre tenía para la universidad de ambos. «Alguien tiene que salir adelante en esta familia» solía decirle, y él planeaba que fuera ella.

Aunque no lo hubiera admitido abiertamente, aquello agrió el carácter del joven, quien, se suponía, tendría un futuro brillante. Scarlet apenas si lo veía, se sentía abandonada, de la noche a la mañana su familia se había desmoronado y ella estaba prácticamente sola y a la deriva.

Tommy Henderson parecía la tabla de salvación perfecta para aquella desvalida joven: atractivo, fuerte, titular en el equipo de baloncesto de la escuela, seguro de sí mismo y dulce cuando se lo proponía. Puso sus ojos en Scarlet y ella perdió la cabeza por él, no tanto porque estuviera real y profundamente enamorada de él (ahora lo sabía), como suele ser por norma el primer amor de una chica, sino porque representaba un refugio, una cómoda aunque endeble enramada bajo la cual resguardarse de la tempestad.

Cuando supo por sus amigas que él estaba saliendo con Sally Perkins, no quiso creerlo, y tuvo que verlo con sus propios ojos para convencerse.

Al principio actuó con un estoicismo que desconcertó sobremanera a sus amigas: decía que él no era culpable, que era lógico que un chico como él fuera asediado por las muchachas, que ella comprendía... Después lloró, se encerró en sí misma, se dejó envolver por el desaliento, del que ni su madre ni su hermano se dieron cuenta por estar ellos mismos embebidos en sus propios sufrimientos, y emergió de las tinieblas de la pena con una coraza de dulzura y desenfado que le atrajo, irónicamente, la admiración masculina y la reprobación de las jóvenes.

Esa fue la segunda vez (y la última, quería creer) que permitió que alguien le rompiera el corazón.

El día había sido tan agitado que ni siquiera había tenido tiempo de

contestar los mensajes de Charlotte, quien tenía boletos para la ópera y necesitaba que él le confirmara si podría acompañarla.

Por fin tuvo una pequeña pausa entre varias consultas y exámenes y pudo decirle a su hermana que no podría porque Julian le había pedido que hiciera unos estudios a un colega suyo, el profesor Marsh, quien había estado sufriendo unos terribles dolores de cabeza e insomnio desde hacía unas semanas.

La chica protestó, pues él prácticamente se había comprometido a asistir con ella, pero él le explicó que Julian le había pedido, como un favor especial, que atendiera a Marsh, y apenas ese día había podido hacer un espacio en su agenda.

«Saluda a Julian de mi parte. Tal vez debería preguntarle a él si desea acompañarme», escribió ella, molesta y frustrada.

Cuando concluyeron las pruebas del profesor se quedaron esperando algunos resultados que estarían en ese mismo momento, lo que él aprovechó para transmitir a su amigo los saludos de Charlotte. Julian respondió con un escueto «gracias», y el médico se preguntó si la seguridad que había ostentado durante la reunión en casa de sus padres se habría esfumado. Sin embargo, el mismo Julian despejó sus dudas al manifestarle que estaba muy preocupado por su colega.

Jordan buscó tranquilizarle diciéndole que, al menos en la tomografía, no había encontrado nada alarmante. De forma casual mencionó la sugerencia de su hermana y Julian lo miró con incredulidad.

—Puedo probarlo —alegó el primero, riendo, y le mostró el mensaje.

Julian exhaló con fuerza.

—Tú sabes que me encantaría ir con Charlotte a cualquier parte.

—Puedo llamarla —sugirió, y antes de que el otro pudiera protestar, pulsó el marcado rápido.

Julian trató de detenerlo, argumentando que aún debía llevar al profesor al hotel, pero Jordan le indicó con señas que él mismo se encargaría de ello.

—Charlotte, hermanita. Tengo a tu acompañante ideal para la ópera.

Ella presintió que no estaría de acuerdo con la afirmación de su hermano justo en el momento en que la llamó «hermanita», pero se arriesgó a preguntar de quién se trataba.

—Es Julian. Ya terminamos los exámenes de su amigo, así que puede ir por ti en este mismo momento.

Charlotte intentó rehusar, argumentando que no hablaba en serio cuando dijo que debía preguntarle a él si querría acompañarla, le dijo que sería una situación muy incómoda. «¿Cómo puedes hacerme esto?» chilló como último recurso, pero Jordan la acalló con un «Va para allá» tan decidido que no le quedó otro remedio que aceptar.

Julian lo miraba con una mezcla de escepticismo y desaprobación.

—Para ser un «genio» —y llamarlo así era solo una pequeña venganza por lo que acababa de hacerle— a veces tienes unas ideas terribles.

Jordan rio de buena gana y le indicó que se apresurara, pues no debían llegar tarde a la ópera.

Con la excusa de estudiar unas propuestas de trabajo, Scarlet no había acudido a concluir la redecoración de su departamento.

Él se sintió aliviado y decepcionado al mismo tiempo. Por mucho que sufriera al tenerla cerca, rondando en sus espacios personales y disponiendo de ellos casi a su total antojo, le gustaba su presencia. Sin embargo, tenía que admitir que aquello era lo más sano; de hecho, quería obligarse a no verla más, evitarla hasta que terminara su trabajo. Esas últimas semanas habían sido una dura prueba y sentía que, a pesar de todo, estaba saliendo airoso.

Ya no experimentaba tanta ansiedad pensando en ella y en la posibilidad de verla, aunque el deseo seguía intacto, y el saber que podía controlar su aprehensión le confería una seguridad que no había experimentado nunca antes en sus relaciones personales fuera de su círculo familiar.

Aquello era un gran paso, y debía reforzarlo: si podía resistir el impulso de verla mientras continuara su labor en su casa, sobreviviría a cualquier cosa.

—Cálmate, Charlotte, es solo Julian —se decía a sí misma, tratando de no hacer una zanja en la sala de su departamento mientras esperaba que aquel llegara.

«Sí, solo es Julian» le respondió con ironía su subconsciente. No quería

sentirse tan nerviosa, no debía estarlo, después de todo, ella había terminado su relación porque no habían podido compaginar sus gustos y su forma de pasarla bien.

El aspecto de él no ayudó a calmarla; abrió la puerta luego de dos leves toques, y allí estaba él, con una camisa blanca impecable, sin corbata, pantalón y chaqueta negros, levemente despeinado y su rostro moreno y perfecto mostrando su característica seriedad.

—Buenas noches —la saludó y sonrió apenado, mostrando lo mucho que sentía que Jordan los hubiera puesto en esa situación.

Ella le devolvió el saludo y le preguntó si deseaba tomar algo antes de irse.

—Un poco de agua estará bien —aceptó él.

Charlotte aprovechó para mirarlo furtivamente desde la cocina: estaba parado en medio de la sala de estar, con las manos en los bolsillos y, a pesar de su seriedad, parecía relajado. Definitivamente, algo había cambiado en él: se lo veía más seguro, más tranquilo, como si su elemento no se limitara ya a las aulas y a los institutos de ciencias. «Y además se ve tan guapo» pensó en contra de su propia voluntad.

Decidió que, si tenía que pasar con él algunas horas esa noche, iba a disfrutarlas. Él podría ser un «chico listo», como a ella le gustaba llamarlo, pero no podía negar que también era tierno y divertido cuando se lo proponía, y el tiempo que habían compartido lo habían pasado muy bien.

Capítulo 14

Scarlet no había salido de su habitación en dos días. Bernard tenía una importante cita de negocios al otro lado del país, y aquel viaje era el pretexto perfecto para que ella se quedara a disfrutar de la soledad en su casa.

Le había pedido a la cocinera que le llevara puntualmente sus alimentos, por lo que la servidumbre no se preocupó de que estuviera deprimida o enferma, y se dedicó a descansar y a leer. De alguna manera, aquello parecía tan propio de ella que nadie sospechó nada extraño.

No quería pensar ni hacer un análisis de sus sentimientos, era lo último que deseaba. Había sorteado la última década de su vida haciendo caso omiso a ellos y enfocándose únicamente en sus deseos materiales y en la satisfacción del momento, y aquella fórmula le había resultado muy bien, hasta entonces.

Se concentró en la lectura de revistas y libros de decoración, poniéndose al día respecto a las nuevas tendencias, y cuando se cansaba de leer buscaba en la televisión cualquier contenido, ya fuera intelectual o frívolo, que la mantuviera lejos de sus preocupaciones.

No quería pensar en Jordan, pero en un momento no pudo evitar sentir que algo en él se había transformado en los últimos días: parecía menos huraño, más receptivo, y a la vez más lejano. Temía, egoístamente, que su dependencia hacia ella hubiera disminuido o se hubiera esfumado. Pero sabía que no tenía ningún derecho a esperar que él siguiera necesiéndola o deseándola.

Pensó lo que podría ser de su vida si hubiera elegido quedarse con él en lugar de regresar con Bernard y darle una segunda oportunidad. Jordan era un hombre con demasiadas ocupaciones profesionales y, muy a su pesar, con muchos compromisos sociales. ¿Podrían encontrar un equilibrio en sus vidas

para estar juntos, para convivir, para hacer una vida en familia? ¿Querría él tener hijos?

Y ese era otro tópico que no quería analizar, pero tal vez era el momento de hacerlo: Bernard le había reprochado algunas veces que ella se negara a darle un hijo, pero ella sabía que aquello obedecía no tanto a su frivolidad como al temor subconsciente de que su esposo no fuera el padre ideal. No temía, como Bernard suponía, dejar de dedicarse a sí misma al cien por ciento para entregarse en cuerpo y alma a cuidar de un hijo; en realidad la atraía mucho la idea de tener una personita que fuera sangre de su sangre, imaginaba la inmensidad del amor maternal y estaba segura de poder experimentarlo y disfrutarlo con todo su ser. Pero no quería hacerlo sola, quería compartir ese privilegio con alguien que lo sintiera casi igual que ella.

Creía conocer a Jordan lo suficiente como para saber que él podría ser ese candidato ideal, pero tenía tanto miedo... Siendo honesta consigo misma, tuvo que admitir que le aterraba la idea de arriesgar la estabilidad y la comodidad emocional de que gozaba con Bernard para adentrarse en una aventura sentimental en la que podría dejar, no solo girones de su piel, sino su corazón entero.

¿Y si algo salía mal? ¿Quién le aseguraba que después de un tiempo su relación con Jordan no sufriría el deterioro normal del trato cotidiano? Él era una persona muy especial y ella temía llegar a odiar sus requerimientos particulares y sus manías, que hasta entonces había amado porque formaban parte del conjunto. ¿Querría él un hijo? ¿Podría dominarse, «olvidar» sus necesidades personales y enfocarse en las de un pequeño ser indefenso y frágil?

¡Ah! Se sintió tan agobiada por todas esas preguntas para las cuales no tenía respuesta, que lanzó la revista que tenía en el regazo y metió la cabeza entre los almohadones para tratar de acallar sus pensamientos.

Si Julian estaba nervioso o tenso, no lo demostró. En el trayecto rumbo al teatro hablaron muy poco, Charlotte se limitó a preguntarle por su colega y él expresó que se sentía bastante preocupado por él, pues era un gran amigo suyo, pero se había tranquilizado un poco con los resultados preliminares.

Llegaron a la ópera con tiempo de sobra y aprovecharon para tomar una copa antes de instalarse en el palco. El joven matemático se sintió más relajado. Le gustaba mucho la ópera; a pesar de la intensidad de las emociones que expresaban los artistas, la música y las voces sublimes lograban calmar su interior. Durante el espectáculo apenas si miró a Charlotte dos o tres veces. Ella, en cambio, se volvió en varias ocasiones, discretamente, para observarlo: le fascinó su perfil, su piel morena iluminada por la tenue luz del teatro, su expresión seria pero llena de emoción, su concentración.

No quiso ahondar más en ello, quería disfrutar la noche y la compañía de Julian, sin tensiones ni expectativas, y hasta el momento todo estaba resultando demasiado bien.

Al finalizar la ópera, él le preguntó si tenía hambre.

—Lo cierto es que sí —le respondió con una sonrisa traviesa.

Julian sugirió un restaurant de comida italiana y ella estuvo de acuerdo.

Hablaron casi de todo, con una naturalidad que encantó a Charlotte, porque en el fondo todavía temía encontrarse con un Julian tenso o azorado. Por supuesto que para él no era fácil lidiar con sus sentimientos por esa mujer, pero había decidido que no iba a expresarlos, y mucho menos iba a suplicar. Si alguna vez ella deseaba que se dieran una segunda oportunidad, la recibiría con los brazos abiertos, pero tendría que ser ella quien diera el primer paso.

Volvieron caminando a casa de ella; la noche estaba preciosa, clara y estrellada. Sin darse cuenta ya estaban frente a la puerta de su edificio.

—Me dio mucho gusto que me acompañaras —admitió ella, sonriendo.

—Yo también disfruté mucho —reconoció Julian.

Se acercó a darle un rápido beso en la mejilla y, tras desearle buenas noches, esperó que la joven entrara en el edificio para entonces marcharse.

«¿Quién dice que no podemos divertirnos juntos?» pensó, entre satisfecho y triste, y tomó un taxi para ir a su hotel.

—Y bien, ¿cómo estuvo la ópera?

Silencio. Julian se debatía entre sermonear a su amigo por meter su nariz en donde no debía y manipular flagrantemente a las personas, o contestarle de

forma indiferente. Se decidió por un punto medio.

—La ópera estuvo maravillosa.

Jordan sonrió para sí y su amigo pudo percibirlo a través del teléfono.

—En realidad lo pasé muy bien —admitió—. Creo que tu hermana estaba muy nerviosa al principio; supongo que, al igual que yo, estaba segura de que era una idea terrible que saliéramos. Pero al final todo salió muy bien.

—¿Lo ves? No había nada qué temer. Pero... ¿Charlotte, nerviosa? No lo imagino.

—Bueno, tal vez no estaba nerviosa sino incómoda. Pero nos divertimos, en realidad. Después de la ópera fuimos a cenar y luego la llevé a su casa.

Siguieron charlando de cosas intrascendentes porque Jordan no quería agobiar a Julian. Pero se felicitó internamente, y pensó con satisfacción que quizá el método no científico ni probado de la indiferencia no era tan descabellado como había supuesto al principio.

Se dijo que tenía que conocer la opinión de su hermana sobre esa intempestiva cita.

Capítulo 15

Al escuchar los toques en la puerta no pudo evitar que su corazón saltara. «Scarlet» pensó, y sus latidos se redoblaron con la posibilidad de verla después de varios días.

Una chica de cabello oscuro, tez blanca y ojos un tanto rasgados lo sorprendió al abrir la puerta. Al principio no la reconoció, y luego se dio cuenta de que era Violet, la asistente de Scarlet.

—Doctor Madsen, buenos días. Scarlet me envió a terminar el trabajo en su departamento. Solo quedan algunos detalles.

—Señorita Woods, pase, por favor —le cedió el paso amablemente.

Ella pasó a su lado con rapidez, tratando de no mirarlo. Le parecía muy atractivo, pero siempre la ponía nerviosa, no entendía cómo su amiga podía lidiar con una persona así.

Por fortuna, se dio cuenta de que él estaba a punto de marcharse. Jordan se dirigió a su habitación, donde había dejado su maletín, y se dispuso a salir.

«Vaya, vaya. Con que esas tenemos» pensó, frustrado. Su mente empezó a especular sobre los motivos que podría tener Scarlet para enviar a su asistente en su lugar. ¿Acaso ya no quería verlo? No habían vuelto a verse desde la fiesta del señor Livingston y él acariciaba la idea de que tal vez ella estuviera molesta, por no decir celosa, luego de su aparición con Melissa.

Pero creía conocerla bastante bien como para sospechar que ella jamás cedería a un impulso como ese. Aparecía frívola y vanidosa, y él suponía que querría confrontarlo sutilmente, al menos por curiosidad, para averiguar la naturaleza de su relación con esa chica, aunque entre ellos dos ya no hubiera nada y ella aparentara que no le importaba en lo más mínimo.

O quizá solo tenía demasiado trabajo y, tomando en cuenta que su labor en

casa de él estaba casi terminada, había decidido prestar su atención a otros proyectos.

Ella era especialista en eso: dejar atrás todo, sin importar el desastre que dejara a su paso y concentrarse en su interés del momento.

«Tal vez yo deba aprender algo de ella», pensó, enojado y triste a la vez. Lo pensó seriamente: a Scarlet le había funcionado muy bien esa estrategia, y quizá era hora de que él hiciera algo parecido, reacomodarse a sus circunstancias, enfocarse en lo suyo, dejar ir...

—Querido, ¿sabes que Charlotte y Julian salieron hace unas noches? Fueron a la ópera —le anunció Dottie en tono triunfal.

A Jordan le hizo gracia el tono de su madre, como si estuviera compartiendo información privilegiada.

—Sí, mamá, lo supe. Y, por cierto, ¿cómo te fue, hermanita?

Charlotte hubiera querido fulminarlo con la mirada, pero no quería evidenciarse. Continuó comiendo como si tal cosa.

—Estupendamente, hermanito. Nos divertimos. La ópera estuvo maravillosa.

—Julian me dijo que lo pasaron muy bien —quiso sonsacarle más información.

—¡Oh, sí! A él le encanta la ópera, y me explicaba algunos pasajes que yo no entendí. Después fuimos a cenar.

—Siempre he pensado que es una pena que Julian y tú hayan dejado de verse. Es un muchacho encantador. Yo lo adoro —opinó Dottie, y Jordan tuvo que admitir que estaba de acuerdo con ella.

—Bueno, ya conoces la historia, mamá. Aunque debo confesar que lo noto cambiado, ya no parece tan inseguro como antes —confesó Charlotte, tratando de ocultar a su familia que esas cualidades recién descubiertas en su ex le resultaban muy atractivas.

—Debo admitir que tienes razón, no es el mismo Julian inseguro y aprensivo de antes —terció Jordan.

—Julian es un joven brillante y además tiene muchas cualidades personales. Parece increíble que una persona así se sienta insegura, pero me

da mucho gusto que por fin se sienta más cómodo consigo mismo —intervino Roger.

Jordan miró a su padre. Sus palabras significaban mucho para él. Creía ser quien comprendía a su amigo mejor que nadie en esa mesa, pero su padre, una vez más, demostraba lo intuitivo y empático que podía ser. Lo amaba por eso. Sus hermanos, de alguna manera, se habían esforzado por ignorar su condición, restarle importancia, y Dottie, la mayor parte del tiempo, no sabía cómo lidiar con él, pero Roger se había preocupado por entender en verdad cómo se sentía.

—Honestamente —empezó a decir Marie, la esposa de Theodore—, nunca he comprendido por qué personas como ustedes, quiero decir, tú y Julian —aclaró, dirigiéndose a Jordan— sufren por ser como son.

No había maldad alguna en sus palabras y, por el contrario, era evidente que había tratado de ser muy cuidadosa al plantear su punto para no herir la susceptibilidad de su cuñado, pero de cualquier modo Theo le dirigió una mirada reprobatoria. Jordan, sin embargo, la miraba perplejo.

—Quiero decir —añadió— que si yo fuera una persona superdotada me sentiría feliz, creo, pues las oportunidades de desarrollarse profesionalmente y ser exitoso se incrementan notablemente cuando se tiene una habilidad especial.

El aludido iba a responder, pero Roger se le adelantó:

—El que una persona sea superdotada, como tú dices, no le garantiza el éxito en la vida, quiero decir, el éxito profesional, laboral o económico. He tenido la oportunidad de conocer de cerca varios casos en los que personas a las que se consideraba genios, en cualquier rama, se encuentran ahora en condiciones de vida muy complicadas, y en algunos casos hasta paupérrimas; no han podido sobresalir en ningún empleo o han caído incluso en las garras de alguna adicción, o simplemente son víctimas de problemas emocionales.

—Estoy de acuerdo contigo —asentó Jordan.

—Yo recuerdo —intervino Will— a Reginald Ford, era el chico más inteligente de toda la preparatoria. Era muy bueno para matemáticas y química y muchos le pagaban, o lo forzaban, para que les hiciera las tareas. Era un verdadero *nerd*. Obtuvo una beca para la universidad, pero una noche, unos chicos de la fraternidad lo invitaron a una fiesta, lo embriagaron y lo dejaron en la calle en ropa interior. Tal vez a cualquier otro chico le hubiera parecido muy gracioso el incidente, pero Regie estaba harto de que se

burlaran de él.

—¿Qué pasó? —cuestionó Theo.

—Una noche tomó un galón de gasolina e incendió la casa de la fraternidad; lo arrestaron, perdió la beca y terminó trabajando como analista en una pequeña compañía de seguros.

Todos lo miraban en silencio, aquello les parecía una historia muy triste, pero Jordan la comprendía muy bien.

—¿Qué les parece si servimos el postre? —exclamó Dottie para distender el ambiente y, luego de asentir, empezaron a charlar de cosas triviales.

Capítulo 16

No ver a Jordan durante esos días resultó ser una terapia excelente, Scarlet pensó que con un poco más de empeño podría dejarlo atrás definitivamente.

Bernard había regresado de su viaje de negocios, pero había estado tan ocupado que apenas si se habían visto. Se sintió culpable, pero tuvo que reconocer que aquello le era muy cómodo, y tuvo la sensación de que las piezas de su vida, sacudida de pronto por ese genio guapo y atormentado, retomaban, como en un rompecabezas, su lugar correcto.

—Señora, la busca su hermano —anunció el ama de llaves.

Esa era la cereza en el pastel. Scarlet saltó de la cama como una niña pequeña a quien acaban de traer un gran regalo de cumpleaños.

Ver a Jim, después de tantos meses, era una sorpresa muy agradable. Se abrazaron cariñosamente.

—Jimmy, querido, dime, ¿cómo te ha ido?

El joven tomó asiento en uno de los enormes sofás de la sala de estar. Se veía muy bien y parecía contento.

—Me ha ido muy bien. Logré cerrar unos contratos para varios eventos importantes y tendremos mucho trabajo en los próximos tres meses —anunció, satisfecho.

Scarlet sonrió, le tomó la mano y le dijo que aquello le alegraba mucho.

—¿Cómo están Cinthya y los niños? —preguntó después por su cuñada y sobrinos.

—Están muy bien. Chris ya mudó varios dientes —explicó, orgulloso.

—¡Oh, Dios! Mis sobrinos deben estar tan grandes... Tengo muchos deseos de verlos —suspiró ella—. Uno de estos días iré a New Jersey y pasaré con ustedes un buen rato.

—Deberías hacerlo, los chicos me preguntan mucho por su tía Scarlet.

Jimmy le preguntó a su vez cómo había estado y ella respondió con su habitual entusiasmo que estaba muy bien.

Guardaron silencio durante un instante y por fin Scarlet preguntó por su madre.

—Está mucho mejor. Está dando clases de natación en el centro comunitario y también trabaja en la tienda de ropa de una amiga suya. Ha mejorado mucho.

Scarlet adoptó, sin quererlo, una actitud muy seria. Sabía que su madre había pasado momentos muy duros cuando murió Henry, pero le guardaba cierto resentimiento por haberse encerrado en su dolor, sentía que se había olvidado de ella y de Jimmy y, aunque no quisiera reconocerlo, no podía perdonarle su egoísmo.

De hecho, tampoco quería admitir que esa era una de las razones por las cuales se resistía a tener hijos: no concebía negar a un hijo suyo el consuelo de su fortaleza cuando más lo necesitara y, sin embargo, no creía ser tan fuerte como para sobrellevar con más entereza que Trisha una tragedia como la que habían enfrentado.

—Deberías ir a verla —añadió Jimmy con suavidad.

—Sí, tal vez lo haga un día de estos —aceptó Scarlet con descuido, con esa actitud indiferente que tenía patentada.

—No deberías guardarle rencor. Lo pasó muy mal con la muerte de nuestro padre —se aventuró Jim.

—Nosotros también lo pasamos muy mal, Jimmy, y no nos hundimos en la depresión, sino que salimos adelante. Ella prácticamente nos abandonó.

Su hermano iba a replicar, pero ella agregó abruptamente:

—Primero nos abandonó nuestro padre y luego, ella.

—Mi padre no nos abandonó, Scarlet, él murió —argumentó.

—Es lo mismo. Mi padre era un hombre feliz, sano, sin problemas, ¿quién hubiera imaginado que nos dejaría tan repentinamente? Fue como si nos hubiera abandonado.

Jimmy la miró con cierta compasión.

—Lamento informarte —replicó lentamente— que nuestro padre no era precisamente un hombre sano. Tenía una malformación cardíaca congénita que, tarde o temprano, le provocaría la muerte. Los médicos solo se dieron cuenta después del colapso que sufrió; ni siquiera mi padre lo sabía.

Scarlet abrió mucho los ojos mientras escuchaba en silencio la explicación de su hermano. Así que su padre sufría de una condición cardíaca y lo ignoraba.

—Pero él se cuidaba mucho, llevaba una vida muy sana —replicó ella.

—Eso no iba a hacer una gran diferencia en su enfermedad. Su corazón no resistiría mucho, no lo hizo, de hecho. Incluso los médicos dijeron que había vivido más de lo esperado dada la gravedad de su condición.

Scarlet guardó silencio. Su padre había vivido más de lo que se hubiera esperado, y quiso atribuirlo a su temperamento jocosos, y a su manera tan hermosa y optimista de ver la vida. Se sintió mezquina, supo que lo había juzgado injustamente: él jamás le había mentado, jamás la había engañado, gozaba de la vida y de todo lo que tenía, amaba a sus hijos y a su esposa y seguramente murió sintiendo en lo profundo de su ser el tener que dejarlos.

Jimmy pudo ver que su hermana estaba afectada por lo que le había revelado, aunque no entendía del todo sus motivos. No había sido tan indiferente como para no darse cuenta, en su momento, de los cambios que había sufrido la personalidad de Scarlet, pero nunca había abundado demasiado en ellos. Pensaba que quizá se parecía demasiado a su padre, y que esa manera desenfadada de ver la vida era una reminiscencia de su carácter. Miró su reloj.

—Tienes que acompañarnos a comer —dijo ella al suponer que planeaba marcharse.

—Me encantaría, pero no puedo. Todavía tengo que visitar a un cliente.

Ambos se pusieron de pie y ella se acercó a su hermano para darle un caluroso abrazo. Permanecieron así un instante. Scarlet se sentía feliz al ver que Jimmy se había establecido y tenía un próspero negocio de banquetes (había descubierto, gracias a sus primeros empleos, que era un gran cocinero) y una familia maravillosa.

—Adiós, hermanita. Espero verte muy pronto de nuevo —se despidió mientras se dirigía a la puerta.

—Te prometo que iré a verlos muy pronto —dijo ella.

Él se quedó parado en la puerta un instante y la miró a los ojos, con esa dulzura que Scarlet adoraba porque le recordaba a su padre.

—¿Irás a ver a mamá?

Ella guardó silencio un instante, muy seria.

—Sí, iré a ver a mamá.

Capítulo 17

Totalmente abrumado luego de un día de locos, Jordan se dejó caer en el sillón de su oficina.

Pareciera que los responsables de las fundaciones a las que apoyaba se habían puesto de acuerdo para visitarlo ese día a fin de invitarlo a eventos de recaudación de fondos, a pesar de que sabían que él prefería no asistir, así como para hacerle diversas solicitudes.

En la clínica también había sido una jornada muy ajetreada pues había tenido dos cirugías muy complicadas y prolongadas.

Además, había tenido que lidiar con Bernard Livingston, quien, con mucha cortesía pero igual insistencia, le había pedido una respuesta sobre su participación en el proyecto de investigación sobre el Alzheimer.

Tuvo que decirle que aún no se había decidido, pues, aunque le parecía muy interesante, no sabía si tendría el tiempo para ello.

Pensó que por fin podría descansar. Se respaldó y cerró los ojos. Empezó a respirar profundo y se dispuso a emplear una de las técnicas que había practicado con Erika para dispersar su mente y no pensar en nada, para no recordar.

Su cerebro empezaba a relajarse cuando sonó su móvil.

«Ahora ¿qué?» pensó, suspirando, al suponer que se trataba de alguna consulta de última hora.

Vio el identificador, era el número de Theodore.

—Jordan, papá sufrió un accidente, está en el Hospital General.

El joven médico sintió que la sangre abandonaba su cuerpo. Por el tono de su hermano dedujo que su padre se encontraba grave.

—Voy para allá.

Salió de su casa como un torbellino y casi se lanzó en medio de la calle para detener un taxi.

—¿Cómo está papá? —preguntó con el aliento entrecortado cuando llegó a la sala de espera.

Sus hermanos estaban de pie detrás de unos enormes sillones; el rostro de Charlotte estaba desencajado y Theo y William se veían más que preocupados. Dottie estaba sentada en uno de los sillones y parecía estar en trance. Se puso en pie al verlo llegar, pero no dijo nada.

—Lo están interviniendo en estos momentos. Tuvo un fuerte golpe en la cabeza que provocó una hemorragia —explicó Theo.

Jordan se puso pálido.

—¿Qué fue lo que pasó? —interrogó después con un hilo de voz.

—Un sujeto ebrio se pasó el alto e impactó por detrás el auto de papá. Su cabeza se estrelló contra el vidrio delantero —detalló William con la voz a punto de quebrársele, no solo por el dolor, sino por la ira y la impotencia.

—¿Es que no usaba el cinturón de seguridad? —preguntó, incrédulo.

—Iba a llevar el auto al taller esta semana para que lo arreglaran, porque el seguro se trabó —explicó Dottie con voz ronca.

Will creyó adivinar la siguiente pregunta de su hermano.

—¡Al tipo no le pasó casi nada! —exclamó, ya con lágrimas en los ojos—. La policía se lo llevó.

Charlotte se puso a llorar y Dottie hizo un esfuerzo sobrehumano para no imitarla. Tenía que ser fuerte, en esos momentos tenía que dar a sus hijos su mayor ejemplo de entereza y, sobre todo, ser optimista.

—¿Quién es el médico a cargo?

—Richard Stone —respondió Theo.

Los minutos pasaban muy lentamente. Al parecer era una noche tranquila y solo ellos se encontraban en la sala de espera. Todos tomaron asiento. Jordan

miraba insistentemente su móvil y su reloj de pulsera. Aquello era una tortura.

Poco más de dos horas después de que llegó al hospital, un médico, aún con la bata de quirófano, se aproximó a ellos.

Todos se pusieron de pie al verlo.

—Seguimos interviniéndolo —se adelantó a cualquier cuestionamiento, mirándolos a todos, y se detuvo en Jordan, a quien reconoció sin dificultad—. Pudimos controlar la hemorragia, pero se formaron algunos coágulos y seguimos extrayéndolos. Su cerebro está muy inflamado. No puedo negar que su estado es muy delicado, y cuando salga de la sala de operaciones estará en cuidados intensivos. No tengo que decirle, doctor Madsen, que las primeras cuarenta y ocho horas serán cruciales.

Jordan lo sabía, y a pesar de ello se sintió desfallecer. De pronto su cuerpo se tornó pesado y lo invadió un enorme cansancio.

—Gracias, doctor Stone —atinó a decir.

Su colega asintió con expresión compungida y se dirigió nuevamente a la sala de operaciones.

Jordan fue el primero en tomar asiento, las piernas apenas lo sostenían; los demás lo miraron y se alarmaron. Por su expresión dedujeron que la condición de Roger era muy delicada.

Se sentaron en silencio.

Dottie pensó en la fragilidad de la existencia: tan solo unos días antes estaban todos reunidos, felices y sanos, en su hogar, y en ese instante la vida de Roger pendía de un hilo, amenazando con poner fin a la felicidad que habían gozado siempre.

No imaginaba su vida sin Roger, llevaban casados treinta y siete años. Y no era por rutina o por costumbre que se resistía a perderlo: él era el hombre de su vida, el que la había hecho feliz, que le había dado cuatro hijos maravillosos.

Cerró sus ojos y empezó a orar en silencio. Rogó a Dios que no se llevara aún a su esposo, que le permitiera vivir muchos años más al lado de las personas que lo amaban. Pero también le pidió fortaleza para aceptar la partida de su esposo, si es que esa era su voluntad.

—Voy por un café —anunció Charlotte repentinamente.

No podía permanecer sentada por más tiempo sin hacer nada; iba a hacer también algunas llamadas, avisarle a su socia que al día siguiente no iría a

trabajar.

Jordan también tenía que hacer algunas llamadas: avisó a Sara que pospusiera todas sus citas del día siguiente, y luego se comunicó con Julian. Su amigo siempre había tenido predilección por Roger porque varias veces él acompañó a la familia a la cabaña del lago, y el padre de Jordan lo enseñó a pescar. Siempre se divertían mucho en esas excursiones. Tenía que ponerlo al tanto, pero, además, necesitaba desesperadamente su apoyo.

Hasta ese momento nunca se había planteado la posibilidad de perder a algún miembro de su familia; quizás había dado por sentado que siempre estarían ahí, pero llegó a la conclusión de que, en realidad, había estado tan concentrado en sus traumas y complejos que había dejado de lado otros aspectos importantes de la vida.

«¡Qué egoísta he sido!» pensó, dolido. No solo egoísta, sino egocéntrico. Se había centrado tanto en sí mismo, en luchar con la angustia de sus recuerdos, en su timidez, en olvidar, que había «olvidado» a quienes lo amaban, había ignorado que su familia lo necesitaba. Que su padre, a pesar de ser el pilar de la familia, también se cansaba; que Dottie, a pesar de sus manías e imposiciones, era una madre dedicada y ejemplar, cuyo anhelo, por sobre todas las cosas, era que sus hijos fueran felices, sin importar las circunstancias; que sus hermanos eran personas extraordinarias también, con sus peculiaridades, con sus habilidades particulares, con su forma de ser única.

Se reprochó, incluso, haberse enfocado tanto en Scarlet y en el dolor de no tenerla. No era que ella no valiera la pena, mas se dio cuenta de pronto, con gran claridad, de que había otras cosas igualmente importantes en su vida.

Y ahora corría el peligro de que una de ellas cambiara para siempre.

El dolor en el abdomen era casi insoportable. Tuvo la impresión de que los ojos iban a salirse de sus órbitas al sentir que todo el aire había abandonado sus pulmones, y no importaba cuánto se esforzara por llenarlos nuevamente, su cavidad torácica no se expandía.

Por un instante tuvo la certeza de que iba a morir, mientras la necesidad de oxígeno se hacía más apremiante y se veía imposibilitado para inhalar.

Will y Theo lo vieron a lo lejos, pero fue Roger quien acudió primero en su ayuda.

Lo primero que hizo fue voltearlo y apoyar sobre sus rodillas al adolorido muchacho. Sus hermanos llegaron entonces hasta ellos, jadeantes, y se arrodillaron, angustiados.

—Tranquilo —le dijo, aparentemente sereno—. Tranquilo, no te esfuerces, muy pronto podrás respirar.

Jordan sabía que su rostro reflejaba el dolor y la angustia, pero las palabras y el calor de su padre cumplieron su cometido; sus ojos le transmitían tranquilidad y paciencia.

Dejó de intentar en vano meter aire en sus pulmones, se relajó como pudo, y unos segundos después el dolor empezó a ceder, y por fin sintió cómo el oxígeno entraba de nuevo en su cuerpo.

Miró a su padre a los ojos e intentó sonreír, pero las terribles sensaciones de hacía un momento todavía lo abrumaban.

Roger sí sonrió. Podía ver que su hijo se recuperaba poco a poco.

—Ha sido una gran caída —señaló, sonriendo con los labios, pero con ojos húmedos.

Jordan estuvo de acuerdo. ¡Vaya que había sido una gran caída! Sabía que no era un gran trepador, pero no pudo resistir la tentación de subir al enorme roble que tenían en el patio trasero; quiso llegar hasta el nido de un ave que de momento no pudo identificar, pero calculó mal el grosor de la rama, que no soportó su peso, y cayó en seco desde una altura de casi seis metros.

Lo que sentía en estos momentos, la opresión en el pecho, la dificultad para respirar, se parecían mucho a lo que había experimentado entonces, cuando solo tenía once años.

Siempre había sabido que Roger era uno de los pilares de su vida, el más poderoso, quizá, y en ese instante, ante la posibilidad de perderlo, simplemente sentía que le faltaba el aire.

¿Qué haría si su padre moría? En términos prácticos era un adulto, un hombre con una vida hecha, con una profesión muy estable y una situación financiera más que cómoda.

Pero, en el fondo, se sentía como ese niño que había caído de lo alto de un

árbol y necesitaba que su padre lo confortara. Siempre había sido así.

Echo un vistazo a su alrededor; se había abstraído tanto que olvidó por completo a su madre y sus hermanos. Los rostros de sus hermanos reflejaban el sufrimiento, la incertidumbre, la angustia, igual que el suyo. Solo Dottie parecía impassible: inmóvil, respaldada en el enorme sofá, parecía una esfinge sin expresión.

La admiró como nunca antes. Ni él ni sus hermanos podían siquiera atisbar los sentimientos de desesperación y abandono que la embargaban en esos instantes. Adoraba a sus hijos, pero ellos ya habían hecho sus vidas. Roger era su compañero, su sostén, su mejor amigo...

Pero en ese momento no podía, no debía llorar, tenía que ser fuerte, orar, rogar a Dios y esperar lo mejor.

Capítulo 18

Era cuestión de solo unos cuantos minutos para que se esparciera por todas partes la noticia de que Roger Madsen se encontraba en estado crítico en un hospital. Era más que conocido por su negocio de construcción de yates, además de tener un amplio círculo social gracias a su esposa, y por si eso fuera poco, era el padre del reconocido neurocirujano y poseedor de una memoria fotográfica, Jordan Madsen.

Pronto los mensajes para preguntar por su salud y para confortar a la familia empezaron a llegar a los móviles de cada uno. Por primera vez en su vida, Dottie ignoró su teléfono: en ese momento no tenía fuerzas para atender a nadie.

Scarlet se sorprendió al ver el comentario que una amiga suya hizo en una red social, refiriéndose a que en ese momento no le molestaría consolar al doctor Madsen por el estado de salud de su padre.

Ignorando lo inapropiado del comentario, empezó a indagar con otras fuentes y pronto confirmó lo que ya era un reguero de pólvora.

Sintió como si le estrujaran el corazón. Sabía muy bien cuánto amaba Jordan a su padre y cuánto lo necesitaba.

Su mente no funcionaba muy claramente, pero logró preguntarse qué tan inapropiado sería que acudiera al hospital, especialmente a esas horas de la noche. Podía poner como excusa ante Bernard su estrecha amistad con Dottie.

Se dirigió al estudio de su esposo y le preguntó si ya conocía la noticia.

—Sí, cariño, ya me enteré. Es una verdadera pena. Roger Madsen es un caballero como pocos, un gran ser humano. Mañana acudiré a visitar a su familia.

La mujer titubeó.

—Yo había pensado ir ahora mismo. Dottie debe estar destrozada.

Su esposo la miró; parecía una niña que estuviera pidiendo permiso para asistir a una fiesta de pijamas en el último momento. Sabía lo dulce que ella podía parecer, pero pensó en lo extraña que era esa muestra de simpatía: su Scarlet, definitivamente, no era sentimental, y no creía que su amistad con Dottie fuera tan estrecha como para requerir una visita de esa naturaleza a esas horas de la noche.

Se puso de pie, se dirigió a ella y posó sus manos sobre los hombros femeninos.

—Cariño, yo creo que sería más prudente esperar a mañana. Es muy tarde, y en este momento se trata de una situación en la que solo debe estar la familia.

Ella quiso esgrimir alguna otra excusa, pero no encontró ninguna. Ansiaba como nunca correr a los brazos de Jordan y tratar de consolarlo.

Pero ¿quién era ella para hacer eso? Ella se debía a Bernard y, además, era muy probable que aquella mujer con la que él había asistido a la fiesta estuviera en esos momentos a su lado ofreciéndole su apoyo y consuelo.

A pesar de ello, a pesar de todo, se dispuso a ir al día siguiente a verlo. Trató de sonreír para asentir a las últimas palabras de su esposo y salió de la habitación.

Sintió una fuerte opresión en el pecho. Conocía a Roger, pues, aunque su trato personal había más bien superficial, ella creía atisbar aspectos profundos de su personalidad y de su humanidad por todo lo que Jordan le había hablado de él. Recordó a su padre, lo que sintió cuando supo que estaba en el hospital. ¡Cómo debía estar sufriendo su amado médico atormentado!

Antes de que Bernard desayunara, le informaron que su esposa había salido. Se sorprendió, ella solía ser un tanto perezosa, pero no se inquietó.

Caminaba con paso seguro por los pasillos del enorme hospital rumbo al quinto piso. No tuvo problemas para encontrar la sala de espera donde se encontraba reunida la familia Madsen.

Jordan hablaba con un médico mientras todos los demás los rodeaban y

escuchaban atentamente a ambos. Decidió esperar en la puerta para no interrumpir lo que fuera que el galeno les estuviera informando. Cuando aquel se retiró, tras dar una amistosa palmada en un brazo a su colega, ella se acercó lentamente. Se dirigió a Dottie en primera instancia.

—¡Oh, querida! —le dijo Dottie de un modo maternal, y la abrazó de tal forma que pareciera que era Scarlet quien requería ser consolada.

—Dottie, no sabes cuánto me apena esta situación —le dijo por fin cuando deshicieron el abrazo—. Roger es muy fuerte, debes tener confianza en que saldrá de esto.

Sus palabras le parecieron vacías a sí misma. Pensó que si a ella le hubieran dicho eso cuando su padre enfermó, hubiera sentido incluso deseos de abofetear a su interlocutor, ya que desde el principio fue evidente que Henry no lo lograría, y aun cuando no fuera así, ella estaba destrozada y cualquier palabra de aliento le parecía sin sentido.

Jordan la miraba a escasa distancia, con una extraña expresión de dolor y desconocimiento. No atinaba a adivinar qué hacía ella ahí. No creía que su amistad con Dottie fuera tan íntima que ameritara su presencia, y estaba seguro de que no era por él que estaba ahí.

Ella le devolvió la mirada, y solo eso bastó para que él se hundiera en el abismo de esos ojos oscuros que tanto amaba y dejara entrever su dolor con una mueca casi imperceptible, pero que ella supo interpretar.

Se acercó a él, le tendió una mano sin dejar de mirarlo a los ojos con infinita ternura y permanecieron así unos instantes, hasta que fue inevitable que ella lo rodeara con sus brazos y lo estrechara fuertemente.

—Aquí estoy —le dijo al oído.

Fue lo único que atinó a decir, sobraban las palabras, pero él comprendió perfectamente. Le bastó sentir el calor de su cuerpo y la fuerza de su abrazo para saber que todavía existía algo entre ellos, algo sólido, estrecho, indeleble.

Quizá se habían encontrado a destiempo, tal vez la vida les había jugado una mala pasada, pero ahí estaba, imborrable, palpable, lo que los había unido. En ese momento tuvo la certeza de que no era únicamente algo físico, una atracción pasajera, la adrenalina de una aventura. Se amaban, Scarlet lo amaba.

La abrazó con más fuerza. Sabía que atesoraría para siempre ese momento triste y feliz al mismo tiempo.

Ella tuvo que contenerse para no llorar, no quería hacer una escena y no quería que todos se enteraran de lo que había entre ella y Jordan.

Pero era demasiado tarde: nada escapa a los ojos de una madre y Dottie supo la verdad en ese instante. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo pudo ser tan ciega y tan necia para no percatarse de que su amado hijo estaba enamorado de esa encantadora y etérea mujer?

¿Qué era lo que había hecho? ¡Ella los había presentado! Scarlet estaba casada, con un hombre poderoso e influyente, además, con el que no querría enemistarse. Se sintió culpable. Ni siquiera quiso cuestionarse si esos dos habían traspasado los límites del amor platónico. Aquello era un desastre, a su preocupación por su esposo tenía que añadir la inquietud por el estado emocional de su hijo.

Charlotte miraba la escena con una expresión indefinible y Dottie supo que su hija estaba al tanto de todo, y no estaba precisamente feliz con la situación. Otro detalle que había escapado a su intuición. Si le servía de consuelo, se excusó en que sus hijos no vivían con ella y habían sido muy pocas las ocasiones en que habían coincidido todos los interesados en un mismo lugar. Aun así, se sintió estúpida.

Scarlet se separó como pudo y, tratando de mantenerse serena, se volvió hacia la madre de Jordan.

—Dottie, querida, ¿quieres que te traiga un café, un té? Debes estar exhausta. Puedo llevarte a tu casa, si lo deseas, para que descanses un poco.

—Gracias, querida. No podría descansar en este momento, tengo que estar aquí. —Estrechó una mano de la joven mujer, quien se sintió traspasada por esa mirada transparente.

Dottie lo sabía; si nunca antes había sospechado, Scarlet tuvo la certeza de que en ese momento se había dado cuenta de todo. Pero era tarde para arrepentirse por su imprudencia. Ahora solo le quedaba rogar que la mujer no le hiciera ninguna pregunta.

Desde el pasillo, Bernard no había perdido detalle de la escena. Iba a acercarse cuando vio que su esposa se quedó mirando a los ojos al neurocirujano y un estremecimiento lo hizo detenerse. Luego la vio abrazarlo, con lentitud, con ternura, como si solo estuvieran ellos dos en la habitación.

No necesitaba ser un genio para darse cuenta de que había algo entre su esposa y su cliente. Recordó que ella había empezado a trabajar con él cuando ellos se habían separado momentáneamente, y supuso que habían

tenido una aventura.

Aunque aquello le parecía, hasta cierto punto, improbable. Su mujer podría parecer superficial y frívola, pero él sabía que tenía un estricto sentido de la lealtad y de la fidelidad. Pero se habían separado, y ella estaba terriblemente molesta con él al descubrir que había sostenido una aventura con una de sus asistentes; quizá su relación con Jordan había sido una manera de tomarse la revancha. Era probable.

Pero aquella mirada tan profunda, llena de ternura y de cosas que solo ellos dos podían compartir y comprender, no era la de una mujer que utilizara a un hombre solo para vengarse de su esposo infiel.

Bernard era un hombre racional que se jactaba de nunca dejarse llevar por sus emociones, por fuertes o violentas que fueran, y tampoco se dejaba influir por sus primeras impresiones para hacer un juicio, pero en ese momento estuvo del todo seguro de que su esposa y el doctor Jordan Madsen compartían algo más que el trabajo o la amistad familiar.

Por un instante vaciló y pensó retirarse sin que lo vieran, pero era tarde, Dottie se volvió hacia el pasillo y lo vio parado ahí, indeciso.

Se dirigió a él con actitud amable y los brazos extendidos para tomarle las manos. En su interior rogaba que el hombre no hubiera visto el abrazo más que afectuoso que habían compartido Scarlet y Jordan.

—Señor Livingston, es usted tan amable en venir a acompañarnos.

Él recuperó la compostura de inmediato.

—Señora Madsen, no sabe cuánto lamento lo que le sucedió a su esposo. Espero sinceramente que se recupere muy pronto.

Continuaron charlando de los pormenores del caso, ella sobre el estado de su esposo y él, dándole ánimos.

Scarlet lo vio cuando Dottie lo nombró, pero él no se volvió a verla. Ella rogaba en su interior que su esposo no hubiera presenciado sus muestras de apoyo a Jordan, aunque dudaba que él pudiera sospechar algo: era un hombre demasiado seguro de sí mismo como para perder el tiempo en especulaciones.

Pero la seriedad de Bernard y el que la ignorara de manera tan obvia fueron una señal de alarma: tal vez sí había visto algo.

Pero, aun si así fuera, ¿qué habría podido ver? ¿Un abrazo? Dada la situación le parecía algo muy natural, o así quería verlo, pero hasta ella sabía que cualquiera con una intuición medianamente desarrollada percibiría las

chispas entre ellos.

Capítulo 19

El dolor de cabeza era insoportable. Erika le había recomendado algunos remedios naturales para combatirlo, pero en ese momento se sentía muy frustrado, pues ninguno parecía dar resultado.

Le hubiera gustado poder desconectarse, apagar su mente; por más que intentaba no recordar, su cerebro traía a colación una y otra vez hasta el más mínimo detalle de lo que había visto durante el día, todo lo que había leído, todo lo que había escuchado.

A veces sentía que no aprendía nada; simplemente todo, todo quedaba impreso en su cerebro de forma indeleble pero muchas veces sin orden ni estructura, y él no podía hacer nada para evitarlo.

No había tenido mucho éxito con las técnicas de evasión y relajación que le había explicado la terapeuta, pero debía admitir que llevaba tan solo dos meses y medio viéndola, y tenía que darle el crédito de estar esforzándose mucho para entender su situación y ayudarlo.

Ese día en particular había resultado exhaustivo; las clases en la escuela de Medicina eran cada vez más complejas, y aunque no se le dificultaba retener ningún dato (o, más bien, precisamente por ello), sentía que su cabeza estaba a punto de estallar.

Ante sus ojos aparecían otra vez las diapositivas que les había mostrado el profesor de Anatomía, los complejos nombres de órganos, músculos y huesos; fórmulas químicas, todo con absoluto detalle, sus colores, sus formas; los textos que habían leído ese día en clases, palabra por palabra, coma por coma. Por un instante tuvo la certeza de que había sido un error garrafal entrar a la escuela de Medicina.

Un leve toque en la puerta lo distrajo de su tormento. Su padre abrió, pero

se quedó en el umbral.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, papá.

Jordan pudo ver que traía una taza humeante. Roger se sentó junto a él en la cama.

—Te traje un té, es para relajarte.

—Gracias.

Lo tomó de manos de su padre y le dio un sorbo, estaba bueno, lo había endulzado con miel, como a él le gustaba.

Roger permaneció sentado junto a él unos segundos, luego se puso de pie, se dirigió al aparato de sonido y colocó un disco compacto, que Jordan no le había visto.

Del aparato empezaron a salir las notas quedas y tranquilas de un concierto para piano de Mozart.

—¿Por qué no terminas el té, luego te recuestas y tratas de relajarte? Esto te ayudará —le dijo su padre.

Le pareció increíble, pero el simple hecho de que su padre entrara en su habitación, con su andar pausado y una taza de té, especialmente para él, lo hizo sentir más calmado al instante.

—Lo haré, papá.

—Intenta descansar, hijo, no te presiones —le dijo, sonriendo, antes de salir de la habitación.

—El té está delicioso, gracias.

Roger cerró la puerta. Se enfocó en la música, trató de sentirla, más que escucharla y retenerla como hacía siempre. Imaginó las notas flotando en el aire, tranquilas y armónicas, en una danza encaminada a enaltecer la belleza y tranquilizar el alma.

Sin pensarlo, cerró sus ojos y empezó a balancear su cuerpo al ritmo sereno de la música. El martilleo de datos e información cesó en su cerebro, pero él no fue consciente del todo de ello, intentó dejarse llevar y llenar completamente por esa música maravillosa.

Pensó en su padre y sonrió, Roger siempre había sabido lidiar con sus situaciones y hacer lo que se necesitaba para que él se sintiera mejor.

—Cariño, debemos irnos. —Bernard tomó a Scarlet del brazo, y ella no quiso objetarlo.

Deseaba quedarse ahí y brindar su apoyo, pero la forma en que su esposo lo dijo le hizo sospechar que no debía contradecirlo, al menos no en ese momento.

Se separaron a la entrada del hospital. Bernard le dijo que tendría un día muy ocupado, por lo que seguramente llegaría tarde a cenar.

—De cualquier manera, te esperaré —dijo ella.

Él no respondió, solo la miró por un instante, hizo una inclinación de cabeza y se dirigió a su auto.

«Lo sabe, Bernard lo sabe» pensó ella, estrujando su bolso.

Fue a su auto y se dirigió a su casa, donde se encerró en su habitación. Sopesó sus opciones. Decirle la verdad a Bernard, antes que forjar una mentira sobre algo tan importante, le pareció lo más sensato. Aunque se había sentido muy culpable después de sostener una relación con Jordan, pensó que Bernard tendría que comprenderla: estaban separados cuando había sucedido aquello, y el motivo de la separación había sido responsabilidad de Bernard; después de todo, él había sido infiel antes que ella.

Trató de proyectar la escena en su mente; Bernard no era dado a los gritos ni a los reclamos airados o a la violencia, siempre mantenía la compostura de caballero, de hombre autosuficiente que puede lidiar con cualquier situación, pero estaba segura de que le reprocharía el haber accedido a trabajar nuevamente con Jordan después de lo que había pasado.

En ese caso, era muy probable que él no le creyera que no habían estado juntos desde que ellos se reconciliaron, y no estaba dispuesta a tolerar que él dudara de su fidelidad.

De pronto tuvo que aceptar su terrible e inconsciente renuencia a salir de su zona de confort. Pero, ahora, si Bernard la acusaba de algo, estaba dispuesta a defenderse y asumir las consecuencias.

Una pelea, o incluso una ruptura, no podían ser peor que el conformismo en que había vivido en esos últimos años, al cual se había entregado por completo porque no quería resultar herida de nuevo, pero en ese momento veía que aquello no era suficiente para sentirse satisfecha.

Quería a Bernard, le tenía un profundo afecto, pero no lo amaba.

Bien, si ya estaba sincerándose consigo misma, tenía que reconocer que su actitud había sido pusilánime, por decir lo menos. Vivir evitando el dolor era

como no vivir, como estar en un sueño inducido, tener el alma anestesiada. El dolor era parte de la vida, y si tenía que sufrir por alguien, ahora estaba dispuesta a afrontarlo.

Quería sentir, quería llorar, quería experimentar la angustia de que el hombre que amaba no llegara a casa y especular si le habría pasado algo o si estaba con otra mujer... ¡Era absurdo! Pero sentía el irrefrenable deseo de vivir todas esas cosas que se había negado a sí misma para no sufrir.

Había esperado en vano a Bernard para la cena. Cuando fue evidente que se demoraría mucho más, decidió irse a su habitación.

Cerca de las once él llegó. No la saludó. Se dirigió al sofá que estaba frente a la cama.

—¿Hace cuánto te acuestas con él?

A pesar de que esperaba el reclamo, la pregunta hecha a bocajarro la sorprendió.

—¿Cómo dices?

—Sabes a qué me refiero. ¿Hace cuánto tiempo te acuestas con el doctor Madsen?

—No me acuesto con él —se defendió.

—No mientas, Scarlet, hasta un ciego se daría cuenta de que hay algo entre ustedes.

Bernard podía ser un hombre seguro y sereno, pero ella sabía que estaba furioso. No tenía sentido posponer lo inevitable. Tomó aire.

—No me acuesto con él... pero sí lo hice.

Su esposo se puso más tenso de lo que estaba.

—¿Cuándo?

—Cuando tú y yo estuvimos separados. Llegamos a hablar de divorcio, estaba segura de que la separación sería definitiva. No pensé...

—No, por supuesto que no pensaste —la interrumpió—. Supongo que fue lo mejor que pudo pasarte en ese momento, encontrar un hombre con quien vengarte de mí, ¿no es así?

Ella dejó la cama.

—¡No, no es así! Yo no estaba pensando en vengarme de ti. Estábamos

separados, yo estaba dolida. Una cosa llevó a la otra, creí que tú y yo ya no volveríamos...

—¡Y ustedes terminaron en la cama!

Scarlet suspiró.

—No he vuelto a estar con él desde entonces, Bernard. Tú y yo decidimos intentarlo de nuevo y yo me comprometí con ello.

—Si es así, ¿cómo te atreviste a trabajar de nuevo con él?

—¡Su madre prácticamente me forzó! No pude evitarlo.

—¡Debiste hacerlo!

—¡No podía decirle que no quería remodelar la casa de Jordan porque había tenido un romance con él!

Bernard se puso de pie, estaba rígido y su rostro, encendido. Nunca se había sentido tan traicionado ni tan dolido en toda su vida. Scarlet era su mujer, su trofeo, la prueba de que era un hombre triunfador en todos los aspectos de la vida.

—Pues no volverás a verlo, ¿entendiste? Me importa un comino si su madre o toda su familia se enteran de que el tipo se acostó contigo.

Y salió de la habitación antes de que ella pudiera replicar.

No sabía cómo sentirse; por un lado, entendía a Bernard, ella misma se sintió traicionada, humillada y ofendida al enterarse de su romance con esa asistente; también había experimentado cierto grado de vergüenza y remordimiento por haber tenido una relación romántica con otro hombre estando casada, pero, aunque deseaba arrepentirse, Jordan había significado demasiado en su vida, tenía que admitirlo.

No era tan solo que él la necesitara, que con ella se sintiera completo; era que *ella* lo necesitaba.

Permaneció en la cama, dolida y angustiada. Recordó lo que su padre solía decir con frecuencia: «la mayor parte del tiempo las cosas no salen como las planeas.»

¡Cuánta razón tenía!

Capítulo 20

Habían sido los dos días más largos en la vida de Dottie y Jordan. Ambos habían permanecido en el hospital casi todo el tiempo desde el accidente y, aunque estaban exhaustos, no querían moverse de ahí.

Por supuesto que William, Charlotte y Theodore tampoco querían apartarse, pero tenían asuntos que no podían posponer.

Habían podido ver, al menos por un instante, a su padre, que se encontraba en cuidados intensivos, con un pronóstico reservado.

Jordan estaba sentado, con los codos apoyados en las rodillas y esa expresión pensativa tan característica de él. Dottie había aprendido desde hacía mucho que en aquellos momentos su hijo estaba sumido en una profunda introspección. En esos casos, por lo general, no solía preguntarle en qué ocupaba sus pensamientos, pero en ese momento no solo deseaba romper el silencio, en verdad deseaba saber qué era lo que rondaba por la mente de su hijo.

—¿En qué piensas, cariño?

Jordan detuvo el movimiento de sus manos, que se entretenían en dar vueltas a un vaso de café, ya vacío. Miró a su madre.

—Recordaba una ocasión, en la escuela de Medicina. Habíamos terminado los exámenes y todos estaban felices por las vacaciones, así que los chicos de algunas fraternidades organizaron una fiesta. Mucho después empezamos a jugar «verdad o reto». Llegó mi turno y alguien me preguntó: «Si encontraras una lámpara maravillosa, y solo pudieras pedir un deseo, ¿cuál sería?». Yo respondí sin dudar: «Olvidar». Todos me miraron con extrañeza. Alguien preguntó: «Olvidar, ¿qué?». Y yo contesté: «Simplemente, olvidar». Lo que en realidad quería decir era que desearía no tener una memoria tan precisa,

para poder deshacerme de los detalles, los datos inútiles y también de muchos recuerdos dolorosos. ¡Quería olvidar tantas cosas!

De pronto guardó silencio. Dottie lo miraba con ternura y, al mismo tiempo, con extrañeza, como si estuviera descubriendo una parte de su hijo que no conocía. No hizo falta que le hiciera otra pregunta.

—Ahora me doy cuenta de que no he valorado este «don», como muchos lo llaman. A lo largo de los años me he sentido frustrado y hasta molesto porque, para muchas personas, eso es lo que soy, un fenómeno, quizá hasta un error de la naturaleza. —Jugaba con el vaso de café mientras hablaba, pero luego se volvió a mirar a su madre—. Tampoco he valorado mis recuerdos, mamá. Y ahora me doy cuenta de lo maravillosos que son. Cada frase, cada acto, cada mirada de mi padre, cada sonrisa; todas las veces en que me ayudó y también aquellas en que me reprendió, incluso cuando se contuvo de decirme que soy un tonto por renegar de mi memoria, todo eso forma parte de mí. Y si él se va... —agregó con vehemencia—. Si él se va, me quedará cada uno de esos recuerdos, como una marca, como una película que podré reproducir una y otra vez en mi mente. —No pudo continuar porque su voz se quebró.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Dottie. Aquello era una revelación, nunca se había sentido tan cerca de su hijo. Posó una de sus manos sobre su rodilla y le dijo con una sonrisa:

—Entonces eres muy, pero muy afortunado, hijo.

—¿Scarlet? ¡Cariño, qué sorpresa! —Trisha estaba en verdad sorprendida al ver a su hija parada en la puerta de su departamento.

No se habían visto desde... no lo recordaba. Scarlet se había convertido en una sombra, una mancha difusa en sus recuerdos.

Pasó mucho tiempo antes de caer en la cuenta de que su hija se había escabullido de su vida. Su terapeuta había sido más suspicaz al sugerirle que la joven simplemente había decidido seguir adelante sin ella. Entonces supo lo egoísta que había sido. No podía reprocharle el haberse alejado; se había encerrado en su dolor e interpuesto una barrera entre ella y sus dos hijos. Jimmy había sido lo suficientemente maduro para comprenderla, pero

Scarlet, su pequeña Scarlet... prácticamente la había abandonado.

—Pasa, querida, pasa. Qué gusto verte. —Le dio un rápido beso en la mejilla y le cedió el paso.

La joven se sintió cohibida sin saber por qué. Quizá esperaba encontrar a aquella mujer frágil y endeble que había tomado el lugar de la madre que hasta antes de la muerte de Henry había conocido, y en ese instante la sorprendía verla tan repuesta y segura.

—¿Cómo has estado, madre? —preguntó al fin, mientras tomaba asiento en el sofá.

Trisha se paró frente a ella.

—Muy bien, querida, muy ocupada, de hecho. Jimmy tiene mucho trabajo y he tenido que ayudarle —dijo con cierto orgullo mal disimulado—. ¿Deseas tomar algo? ¿Limonada, té, café?

A Scarlet no le apetecía tomar nada, pero decidió que era un buen gesto aceptar el ofrecimiento de su madre.

—Té estará bien. Sin azúcar.

Trisha sonrió al pensar que su hija deseaba cuidar su figura a toda costa, pero Scarlet ni siquiera lo sospechó, ya que era simplemente que no le atraían los sabores dulces.

Su madre regresó de la cocina poco después con dos tazas de té y un platito con galletas de diversos tipos.

—¿Cómo has estado, Scarlet?

Aquella bebió despacio de su taza de té; demoró unos segundos en pasar la mirada de la taza a su madre.

—Estoy bien, mamá. Aunque debo decirte que contemplando muy seriamente la posibilidad de separarme de Bernard.

Trisha la miró con seriedad, pero no dijo nada. En definitiva, no esperaba que en esa primera visita, después de tanto tiempo sin verse, su hija le diera semejante noticia.

—Estoy enamorada de otro hombre, mamá.

Su madre abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero no lo hizo, permaneció en silencio unos instantes, hasta que finalmente pudo articular palabra:

—¿Bernard ya lo sabe?

La joven le explicó lo de la separación de meses atrás, cómo había conocido a Jordan y la relación que habían sostenido, así como su decisión de

dar a Bernard una segunda oportunidad.

—Bernard es un hombre maravilloso y me da todo lo que necesito, materialmente hablando, pero con él no me siento completa, no me siento feliz. Él no me necesita, mamá —continuó explicando—. Para él soy solo un objeto, un adorno más en la gran colección de su éxito. Y ahora me doy cuenta de que tampoco lo necesito.

Se sorprendió a sí misma hablando sobre la felicidad. ¿Desde cuándo le preocupaba aquello?

—¿Y Jordan? —preguntó su madre con suavidad.

Scarlet sonrió con ternura.

—Jordan es muy especial, mamá.

No había mencionado a su madre nada acerca de la prodigiosa memoria de Jordan, no hacía falta, no era algo que lo definiera, al menos no ante ella. Entendía que varios rasgos importantes de su personalidad se habían forjado a la luz de esa característica, pero para ella era un añadido, no la esencia. No lo amaba solo por eso sino por todo el conjunto.

Trisha sonrió a su vez.

—Hija, lo único que puedo decirte es que solo se vive una vez, y tenemos el deber de tratar de vivir lo mejor posible, no solo ser felices, sino también hacer felices a los demás. Tal vez no soy la persona adecuada para decirte estas cosas, pero ahora lo comprendo todo tan claramente... Debes intentar ser feliz, y si tu felicidad está con Jordan, adelante.

No es que buscara la aprobación de su madre, pero sintió gran alivio al ver que no le reprochaba el querer dejar a Bernard, a quien Trisha siempre había tenido en alta estima.

Siguieron hablando de las ocupaciones de Trisha y hasta de sus proyectos, ya que pensaba introducir una novedosa línea de postres a los banquetes de Jimmy.

Scarlet tuvo que admitir que aquella visita le hizo mucho bien. De alguna manera se sintió reconciliada no solo con su madre, sino con ella misma y con su pasado. Si Trisha había superado su tristeza ella podía hacer lo mismo con sus resentimientos, no tenía sentido vivir en el pasado.

Se despidió de su madre con un abrazo y la promesa de volver muy pronto a visitarla.

Capítulo 21

—Doctor Madsen, doctor Madsen. —Escuchó desde lejos una voz que lo llamaba, abrió los ojos y vio frente a sí al doctor Stone.

—¿Qué ocurre, doctor? —preguntó, un tanto confuso por la breve siesta que había tomado involuntariamente.

—Su padre despertó —le dijo su colega en voz baja para no despertar a Dottie, que también dormitaba en el sofá de la sala de espera.

Jordan se puso en pie como impulsado por un resorte. Ni siquiera consideró despertar a su madre, pensó que lo mejor sería ver él mismo a Roger y, tras evaluar su condición, informar a Dottie.

Su padre posó su mirada en él tan pronto entró en la habitación, y solo eso bastó para que el alma le volviera al cuerpo. Roger fijó sus ojos en él, trató de sonreír, pero solo pudo esbozar una mueca de angustia. Quería decirle tantas cosas a su hijo, mas no estaba aún en condiciones de hablar, y Jordan le suplicó que no se esforzara.

Tomó una de sus manos y la apretó entre las suyas. Sonrió para tranquilizar a su padre. Estaba feliz. Sus signos vitales eran estables y, aunque su estado era todavía muy delicado y requería cuidados especiales, sabía que el hecho de que hubiera recuperado la conciencia era un síntoma muy alentador.

—Debo avisar a mamá que ya despertaste —le dijo en voz baja.

Roger asintió con la mirada.

—¡Oh, por Dios! —murmuró Dottie cuando le dio las buenas nuevas, se levantó rápidamente y caminó con premura hacia la habitación.

Fue inevitable que estallara en llanto cuando vio a su esposo, pero fue un llanto sereno, de alivio y felicidad. Se acercó a él, lo tomó de la mano y le

murmuró muchas cosas que Jordan no pudo oír porque su madre hablaba en voz tan baja que solo Roger podía escucharla.

Pensó en lo afortunados que eran sus padres al tener a una persona con quién compartir esa clase de intimidad. Si tan solo Scarlet y él pudieran...

—¡Hey!

Se volvió hacia la puerta y vio a Julian, que ostentaba una radiante sonrisa. Acababa de llegar al hospital y el doctor Stone le había dado la buena noticia.

Saludó a Roger y a Dottie desde la puerta e hizo señas a Jordan para que saliera.

—No creo que sea apropiado agobiar a tu padre con mi visita, lo veré cuando esté más tranquilo, pero quería cerciorarme de que estuviera bien — explicó a su amigo.

Jordan lo abrazó. No tenía palabras para expresar el alivio que sentía. Julian le dio un buen apretón, compartía la felicidad de su amigo, a quien quería tanto como a un hermano.

Charlotte, Theo y Will venían corriendo por el pasillo, evidentemente ya sabían de la mejora de Roger.

—Oigan, tranquilos, no lo agobien. Papá necesita descansar —les aconsejó Jordan cuando se disponían a entrar en tropel a la habitación.

Se forzaron a calmarse, a pesar de lo agitados que estaban. ¡Su padre estaba bien!

Estuvieron solo unos minutos con él y luego el doctor Stone tuvo que sacarlos.

—El señor Madsen necesita descansar —les dijo.

Y todos tuvieron que conformarse con pensar que lo verían al día siguiente.

Julian acompañó a la salida a todos, excepto a Dottie, que se quedó fuera de la habitación. Sorpresivamente, Charlotte lo abrazó al despedirse.

—No sabes cuánto me alegra que tu padre se encuentre bien —dijo a la joven.

Ella sonrió y sus ojos se llenaron de lágrimas de felicidad.

—Lo sé —le respondió.

Se miraron a los ojos por un instante que ambos les hubiera gustado prolongar. Julian creyó ver una luz de esperanza en los ojos de su amada, pero no era el momento ni el sitio para tratar de averiguarlo. Ya habría tiempo, pensó.

Por primera vez en tres días, Jordan y Dottie pudieron dormir con tranquilidad.

—¿En verdad vas a dejarlo? —Violet no podía ocultar su incredulidad cuando su amiga y jefa le informó que iba a separarse de su esposo.

—Es lo mejor para los dos. No tiene caso continuar con una relación que no va a ninguna parte.

—Scarlet, no te entiendo. Con Bernard no tienes complicaciones, lo has dicho siempre. Además, te recuerdo que eres tú quien siempre ha puesto objeciones a tener hijos. No veo por qué ahora te quejas de que su relación no va a ninguna parte.

—Tienes razón, Violet. Soy yo quien se niega a tener hijos, pero tal vez sea precisamente porque sé que Bernard y yo no tenemos futuro. Quizá, en el fondo, siempre supe que terminaríamos por separarnos.

Su amiga la miró, todavía sin dar crédito.

—¿Estás segura de lo que harás?

—Solo se vive una vez, Violet. No quiero mirar atrás y arrepentirme de las cosas que no hice, por comodidad o por temor a equivocarme.

—Te arriesgarás, entonces, con tu médico atormentado —afirmó, más que preguntar.

Scarlet la miró con una seriedad que Violet nunca le había visto.

—Si me acepta, sí, me arriesgaré.

Recordó que no había llamado a Jordan para advertirle de que Bernard ya sabía de la relación que habían sostenido, y decidió que lo mejor sería enviarle un mensaje para decirle que necesitaba hablar con él, y hablarle del asunto personalmente.

Estaba ansiosa, no sabía cómo reaccionaría él, y tampoco sabía si sería capaz de decirle que estaba dispuesta a que lo intentaran de nuevo.

Jordan estaba desconcertado, no tenía idea de qué pudiera ser lo que

Scarlet tuviera que tratar con él y, además, tenía demasiado con ocuparse de la recuperación y los cuidados de su padre. A pesar de ello, lo carcomía la curiosidad; además, tenía unos enormes deseos de verla, aunque ello fuera en contra de su voluntad.

Le contestó que la vería en el hospital, podrían hablar en la cafetería.

Ella estaba preciosa, como siempre, y tenía una luz especial en sus ojos oscuros, pero él trató de ignorar sus encantos.

Se sentaron en la mesa más apartada. Para su fortuna, en la cafetería solo había tres o cuatro personas más.

—¿De qué querías hablarme? —Estaba realmente intrigado, pues ella parecía muy tensa.

—Bernard ya sabe de nosotros —soltó en voz baja, mientras lo miraba con expresión nerviosa.

Jordan apartó la vista de ella y suspiró.

—¿Cómo se enteró? —Sabía que no tenía importancia, pero quería saber si una tercera persona le había informado, pues siempre creyó que una de las premisas de su relación había sido la discreción.

—Nos vio abrazados cuando vine a verte, por lo de tu padre, y lo dedujo.

—¿Lo dedujo al vernos abrazados? —Inquirió, no sin asombro.

O habían sido muy obvios, o Bernard tenía una intuición excepcional.

Ella asintió en silencio.

—¿En qué términos quedaron? Supongo que te prohibió seguir trabajando en la decoración de mi casa.

—Por supuesto —admitió ella bajando la mirada—. Estaba furioso, me prohibió volver a verte.

—Lo entiendo, yo haría lo mismo. —Jordan oscilaba entre la tristeza, la vergüenza, y la curiosidad por la actitud de Scarlet.

No era la misma de siempre, parecía muy dócil, como si estuviera esperando que él, o Bernard, le dijera qué hacer.

Hubiera querido preguntarle precisamente eso, pero deseaba que fuera ella misma quien se lo dijera. En cambio, en lugar de hablar, ella jugueteaba nerviosamente con sus manos. Nunca la había visto así y, por un segundo, extrañó a la antigua Scarlet, la que no se amilanaba, la que podría enfrentar cualquier situación con su aire cínico y su sonrisa de ángel exterminador.

Por fin dejó las manos quietas sobre la mesa, posó su mirada en el hombre que tenía delante y dijo con resolución:

—Voy a dejar a Bernard.

¡Vaya! Si su revelación inicial lo sorprendió, aquella le provocó un *shock*. Se quedó sin palabras por unos instantes, no sabía cómo sentirse al respecto.

¿En verdad estaría dispuesta a dejar al hombre que, según ella, le daba la estabilidad que necesitaba?

—¿Estás segura de lo que harás?

Su duda la decepcionó. Su percepción de la situación, de su propia vida, había cambiado mucho en los últimos días, pero él no podía saberlo porque no habían tenido la oportunidad de hablar. Ahora ella sabía que no quería pasar el resto de su vida protegiendo su corazón de las heridas que pudieran causarle los seres que amaba; por el contrario, deseaba afrontar los riesgos, quemarse por dentro, llorar, ya fuera de tristeza o de felicidad, y reír, reír como loca por cualquier cosa, por *ser feliz*.

—Estoy completamente segura.

Él lo dudaba, la primera vez que estuvieron juntos le dijo que era prácticamente un hecho la separación legal y, sin embargo, ella regresó con su esposo tan pronto le pidió disculpas y una segunda oportunidad.

No quería resultar herido de nuevo, no podía permitir que esa mujer pusiera su vida de cabeza otra vez, cuando él estaba apenas reconstruyendo las ruinas que dejó antes. Tenía muchas cosas en qué pensar, no solo por él, sino por su familia. Deseaba retomar la relación con sus padres y sus hermanos y darles todo el cariño pero, sobre todo, la alegría que no les había dado hasta entonces. Se sentía vivo, en su sangre sentía el bullir de una segunda oportunidad para disfrutar de su familia, y no quería desperdiciarla.

Deseaba estar con Scarlet desesperadamente, pero no quería que eso fuera una distracción para esos planes personales. Además, estaba el miedo.

—Pues... te felicito. Si has tomado esa decisión, seguramente es lo mejor para ti.

Ella abrió mucho los ojos y su expresión temerosa mudó por una de incredulidad.

—¿Es todo lo que dirás? Voy a dejar a Bernard —reiteró, como si él no la hubiera entendido.

—¿Qué más quieres que diga, Scarlet? Estoy confundido, decías que estabas bien con él, que te daba lo que necesitabas, y ahora dices que lo dejarás... No te entiendo —hablaba con calma, pero era evidente que estaba molesto. Se puso en pie, dispuesto a marcharse—. No sé qué esperas de mí,

pero creo que tienes que tomar las cosas con calma.

Se retiró, dejándola boquiabierta y decepcionada. En definitiva, no era esa la respuesta que esperaba. Casi había pensado que Jordan se abalanzaría sobre ella. ¿Qué había cambiado? ¿Acaso aquella mujer de la fiesta tendría algo que ver? Por un instante fugaz se sintió humillada, pero fue una emoción pasajera. Estaba dolida, herida. Y lo peor de todo era esa inquietante sensación de que se lo merecía.

Capítulo 22

Bien, tal vez Jordan ya no la quisiera, pero había tomado una decisión. Lucharía por ser feliz con o sin él.

Se disponía a empacar sus cosas en dos enormes maletas cuando Bernard entró en la habitación.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó, entre molesto e incrédulo.

Ella suspiró, cerrando los ojos. Luego los abrió y le dirigió a su esposo una mirada triste. Aquello no estaba saliendo como lo había planeado: quería tener todas sus cosas listas para marcharse, pero deseaba hablar con Bernard tranquilamente, anunciarle su resolución y luego, sin mayores escenas ni dramas, marcharse.

Pero no sabía cómo decírselo, no se había preparado para ello. Dio un paso hacia él.

—No podemos seguir engañándonos, Bernard. Tú sabes tan bien como yo que esto no está funcionando.

—¿Qué? ¿Qué es lo que no está funcionando?

—Nosotros, Bernard, esto —hizo un ademán para abarcarlo todo—. Lo hemos intentado, yo lo he intentado, pero ya no puedo.

—¿De qué hablas? ¿Acaso eres infeliz conmigo? ¿Estás enamorada de él? —sonaba desconcertado y molesto.

—No soy infeliz contigo, Bernard. —Ella sonrió tristemente mientras le tomaba las manos—. Es solo que *no soy feliz*. El amor debe ser emoción, sorpresas, adrenalina. Tú y yo nos hemos conformado con sentirnos cómodos el uno con el otro, pero no nos amamos, no con ese amor loco y apasionado...

—¿Ese amor loco y apasionado? —interrumpió él, y le soltó bruscamente

la mano—. Escúchate, Scarlet, eso es ridículo. No te entiendo, cualquier mujer estaría más que feliz en tu posición, no tenemos sobresaltos, nos queremos, vivimos cómodamente, ¿qué más puedes desear?

—Deseo amar —admitió ella con la voz ronca por la emoción—. Deseo sentir mariposas en el estómago, y que mi corazón se desboque mientras el hombre que amo abre la puerta. Deseo... —No pudo continuar, al ver el dolor en el rostro de su esposo.

—Lo deseas a él —finalizó por ella la frase, con un dejo de rabia y dolor en la voz.

No dijo nada, tampoco se movió. Estaba conmocionada; a pesar de su decisión, era consciente de que la vida que había construido al lado de ese hombre se estaba derrumbando.

—Entonces, ¿me dejarás?

Se mantuvo firme. Aquella ruptura estaba doliendo más de lo que hubiera imaginado y, además, tampoco quería hacer sufrir a Bernard.

—Será lo mejor para los dos —alcanzó a decir con un hilo de voz, antes de que Bernard dejara la habitación.

Capítulo 23

Roger estaba cada día mejor, la inflamación de su cerebro había cedido casi del todo, ya podía hablar con soltura y estaba reaccionando muy bien a la rehabilitación física.

Su hijo se encargaba personalmente de monitorearlo para asegurarse de que todo estuviera en orden.

El doctor Stone les había dicho que era muy probable que al día siguiente lo diera de alta, después de largas semanas en el hospital.

Aunque a Dottie le hubiera gustado organizar una fiesta familiar para celebrar el acontecimiento, Stone y Jordan estuvieron de acuerdo en que lo mejor era que el convaleciente descansara y se tomara las cosas con calma.

A pesar de ello, Dottie invitó a sus hijos y a Julian a comer.

Aunque se esforzaban por mantenerse serenos y guardar la compostura, no podían ocultar su alegría. La casa se llenó de algarabía como en los viejos tiempos y Theo, el mayor, tuvo que llamar al orden a sus hermanos para no alterar a su padre con sus hilarantes bromas y comentarios.

Charlotte no podía evitar mirar a Julian; las últimas veces que se habían visto, le había parecido distinto. Algo había cambiado en él, ya no parecía aquel chico tímido e inseguro, en esos momentos actuaba con aplomo y con una soltura que antes no mostraba. Y le gustaba mucho más ese nuevo Julian.

Si él le hubiera dicho que todas las terapias que había tomado a lo largo de su vida no habían operado ese cambio, sino simplemente el darse cuenta de que tener una habilidad especial tiene sus grandes ventajas, se habría reído. Pero no habían tenido oportunidad de hablar, y Julian parecía no percatarse de las miradas que ella, sin poder evitarlo, le dedicaba.

Se sintió estúpida. ¡Ella lo había dejado! Deseaba tener un acercamiento y

demostrarle que seguía interesada en él o, más bien, que el interés que alguna vez había sentido por él había resurgido, más fuerte y sólido. Pero temía que él la rechazara, a pesar de conocer la nobleza de su espíritu.

Poco después de comer, Dottie dijo que era hora de que Roger se fuera a descansar, y Theo y Will se aprestaron a llevarlo a la habitación que su madre le había acondicionado en la planta baja.

Marie, la esposa de Theo, y Rona, una amiga de Will, estaban en el jardín con los niños, así que en la mesa solo quedaron Julian, Charlotte y Jordan.

El médico se dio cuenta, de pronto, de que no había convivido lo suficiente con sus sobrinos, así que anunció que iría al jardín. Julian estuvo a punto de levantarse y acompañarle, pero el primero le dirigió una mirada tan significativa que no se atrevió a moverse.

Al verse solo con la chica, se sintió de pronto como el antiguo Julian. Para disimular su azoro se sirvió un poco más de vino y le ofreció un poco a ella. Charlotte estaba tan nerviosa como él y, aunque no deseaba beber más, aceptó, ya que no sabía qué más hacer para encubrir su ansiedad.

Quizá el joven matemático la vio vacilar un poco, o tal vez llamó su atención que ella esquivara su mirada, pero repentinamente se armó de valor. «¿Qué es lo peor que puede pasar si me arriesgo?» pensó.

—Estaba pensando —empezó, con aparente calma— que tal vez te gustaría acompañarme a una fiesta este sábado. Habrá un congreso de matemáticas, y como parte de la inauguración la universidad ofrecerá un cóctel a los participantes y a los asistentes.

Bien, aquello era un avance, pensó Charlotte. Su nerviosismo cedió un poco.

—¿En verdad? Suena genial. Sí, me gustaría acompañarte.

Julian daba saltos de alegría por dentro, pero en su exterior se contuvo. Su sonrisa, eso sí, se ensanchó.

—Estupendo. ¿Quieres que pase por ti?

Ella no quería aparecer ansiosa, pero Julian se lo estaba poniendo difícil. ¡Por supuesto que quería que pasara por ella!

—Claro, me parece muy bien.

Guardaron silencio durante un instante y luego él sugirió que fueran al jardín con Jordan y los demás, a lo que Charlotte accedió, aliviada.

Cuando llegaron a la puerta que daba al jardín, ella lo tomó de la mano, para sorpresa de Julian, quien por un momento esperaba que ella se volviera

y le dijera algo; pero no lo hizo, ni siquiera lo miró, continuó caminando como si aquello fuera lo más natural del mundo, y llegaron donde Jordan, Marie y Rona veían a los chicos jugar.

Aunque aquello era más de lo que hubiera esperado, Julian mantuvo la compostura, sin soltar la mano de la chica. Su amigo vio aquello, lo miró a los ojos y sonrió abiertamente.

Poco después se les unieron Will y Theo, y más tarde Dottie les informó que Roger estaba descansando plácidamente. Los muchachos decidieron que era hora de marcharse, excepto Jordan, quien había decidido quedarse unos días en casa de sus padres para cuidar personalmente de Roger.

Julian acompañó a Charlotte hasta su auto y con caballerosidad le abrió la puerta. Pero ella no subió inmediatamente, se paró frente a él, lo miró por un segundo y le dio un beso suave en los labios.

—Te veré el sábado. —La despedida de la chica sonó de lo más sugestiva a los oídos de Julian, quien, esta vez, sí sonrió con actitud de triunfador.

—Te veré el sábado —repitió.

Capítulo 24

Aunque decepcionada y dolida por la reacción de Jordan, Scarlet decidió que no se detendría a lamentarse.

Se mudó con Violet mientras encontraba un sitio para ella y se enfocó de lleno en su trabajo, que había descuidado en las últimas semanas, por no decir, meses.

Terminó en el papel dos proyectos que le habían solicitado hacía tiempo y empezó a trabajar en materializarlos. También contrató a una persona que actualizara su página web, así como a un nuevo publicista.

Mantén contacto regular con Dottie, sobre todo porque en verdad deseaba informarse de los progresos en la salud de Roger, pero nunca le preguntaba por Jordan.

Aquella leía entre líneas que las cosas no habían terminado muy bien entre ellos. Su hijo tampoco la mencionaba jamás, aunque en realidad no había ocasión de que lo hiciera.

Paradójicamente, en esos momentos que no todos sus esfuerzos estaban encaminados a olvidar, Jordan notaba que su habilidad para desechar de su memoria lo que no necesitaba recordar se había incrementado notablemente.

Ello no significaba, sin embargo, que pudiera olvidar a Scarlet. Era cierto que ya no la evocaba tanto como antes, dolorosa e involuntariamente, pero su huella permanecía indeleble en su mente y en su corazón y, a veces, en sus momentos de tranquilidad, afloraba envuelta en un halo de profunda añoranza.

Con su resolución de dejar de lado sus conflictos y convivir más y mejor con su familia, su vida social se había vuelto mucho más activa, sobre todo porque Julian y Charlotte asistían a muchas fiestas y reuniones, y su amigo

insistía en que los acompañara, con el pretexto de no sentirse fuera de lugar, aunque en el fondo deseaba que Jordan se integrara tan bien como lo estaba haciendo él.

Descubrió, con sorpresa, que el trato social no era tan complicado ni desagradable como él suponía. En las reuniones se encontraba con todo tipo de gente, y en ocasiones podía conversar con personas bastante interesantes.

Un amigo de Charlotte acaba de abrir su propia galería de arte, y como aquella había sido la encargada de organizar el coctel inaugural, Jordan dijo sentirse obligado a asistir, ya que se negaba a admitir que estaban empezando a gustarle esos eventos.

La exposición de apertura le pareció realmente ridícula, por no decir hilarante, pero, para su fortuna, el amigo de su hermana no preguntó su opinión, pues le hubiera costado mucho mentir al respecto.

Buscó con la mirada alguien con quien charlar y ahí la vio, parada frente a una escultura que no tenía forma de nada identificable, con una expresión tan desconcertada como la que mostraba él ante las figuras y pinturas indefinibles que conformaban la muestra.

Quizá ella sintió la intensidad de su mirada, pues volvió sus ojos hacia él, al principio con extrañeza, y luego con reconocimiento. Una sonrisa fresca y discreta se dibujó en sus labios y sus ojos oscuros brillaron de alegría. Jordan también sonrió.

Estaba tan bella como siempre, aunque un poco más delgada, y había cambiado su larga cabellera por una elegante melena a los hombros que adornaba solo con una brillante diadema.

Scarlet se acercó a él con discreto paso felino.

—Nunca hubiera esperado encontrarte aquí —le dijo cuando estuvo frente a él.

—Mi hermana es la organizadora de la fiesta. Ella me invitó —explicó él—. ¿Qué haces aquí? ¿Eres amiga del artista?

—No, ni siquiera le conozco, pero Violet me habló de que se abriría una nueva galería y pensé venir a ver si había algo interesante para sugerir a mis clientes.

—¿Ves algo que te guste?

Ella echó un vistazo a ambos lados y luego, posando sus ojos en los de su interlocutor, negó en silencio con aire travieso.

—Yo pienso lo mismo —dijo él, riendo quedamente con aire de alivio.

Por un instante guardaron silencio, como si no supieran de qué otra cosa hablar.

—¿Vienes con alguien? —Preguntó ella al fin.

—No. Charlotte me invitó, pero vine solo.

Scarlet sintió un alivio tremendo, pues supuso que tal vez él estaría con la chica de la fiesta de cumpleaños de Bernard.

—Yo también he venido sola —aclaró, sin esperar que él le preguntara.

Sin querer, volvió a sentirse nervioso. No había superado a Scarlet y tenerla tan cerca no ayudaba, pero había aprendido que tenía que tomar las cosas con calma, en especial las que se relacionaban con ella. Su relación, y luego su separación, habían sido un paseo por los rápidos y no quería pasar por eso de nuevo.

—¿Y Bernard? —Se atrevió a preguntar.

La expresión de ella no varió en nada al responder:

—Me separé de Bernard. Estoy viviendo en un apartamento en el centro. Ya inicié los trámites de divorcio.

Jordan estaba sorprendido en cierta medida, pero no dijo nada. Cuando ella le anunció que dejaría a su esposo le costó creerlo.

—No pensaste que lo haría, ¿verdad?

—No, no creí que lo harías —admitió—. ¿Qué te hizo decidirte?

Ella reflexionó por unos segundos.

—Quiero ser feliz.

—Pensé que tú no creías en la felicidad —replicó él, sonriendo maliciosamente.

—Bueno —sonrió también Scarlet—, es de sabios cambiar de opinión.

Extrañaba eso: sus diálogos simples, cargados de humor ligero y de complicidad. Ella siempre había tenido la facultad de hacerlo sentir así. De pronto, la atmósfera le pareció cargada y el lugar, insuficiente para ellos dos. Sugirió que salieran a tomar aire y ella aceptó, gustosa.

El aire fresco de la noche los recibió con una fuerte bocanada. Autos iban y venían por la calle iluminada por cientos de luces. A ella le encantaba el bullicio de la ciudad.

Caminaron en silencio durante un buen rato, él nervioso; ella, a la expectativa. A pesar del rechazo de Jordan la última vez que se habían visto, intuía que sus sentimientos eran tan sólidos como siempre.

—Creí que tal vez te habría acompañado la mujer con quien fuiste a la

fiesta de Bernard. ¿Cómo se llamaba? ¿Marissa?

—Melissa —corrigió él—. No. Somos grandes amigos, pero últimamente ha estado muy ocupada cuidando de su embarazo.

—¿Embarazo?

—Sí, de cuatro meses. Ella y su esposo lo habían estado intentando desde hace dos años.

Scarlet guardó silencio, pensativa.

—¿Cómo es que fue contigo a la fiesta? ¿Estaban separados?

Jordan rio divertido.

—No, en absoluto. André estaba fuera de la ciudad. Somos buenos amigos, él sabe que yo jamás intentaría nada con su esposa, ni ella conmigo.

El silencio se hizo de nuevo, pero no pudo resistir la tentación de hacerla sufrir un poco más.

—¿Acaso creíste que había algo entre Melissa y yo? —preguntó, en tono burlón.

Hubiera querido poder ver su rostro encendido, pero ella se arrebujo en el abrigo.

—Bueno... —titubeó—. Parecían muy cercanos. Sí, pensé que había algo entre ustedes.

—Pues, no lo hay —afirmó con seguridad y buen humor—. Al menos no en el aspecto romántico. Solo somos muy buenos amigos.

—Me alegro —exclamó ella con espontaneidad.

—¿Te alegras? ¿Por qué?

Si Scarlet pensaba sincerarse tenía que decirle todo. Detuvo la marcha repentinamente y se volvió hacia él.

—Porque estaba tremendamente celosa.

Aquello era una revelación: Scarlet sentía celos. Bueno, no es que no pensara que pudiera sentir celos de alguna mujer hermosa que captara la atención de los hombres, pero que estuviera celosa de una mujer en particular, o por causa de él, era algo nuevo y muy halagador.

Dio un paso hacia ella, y Scarlet se sintió pequeña ante esa figura imponente y la sonrisa burlona que adornaba su rostro.

—¿Tú, celosa? Me cuesta creerlo.

Eso era nuevo, Jordan riéndose de ella. Una parte de ella se alegraba, pero en la superficie se sentía herida, pareciera que él disfrutaba su sufrimiento. Hizo ademán de continuar su camino, pero él la tomó por el brazo y la

detuvo.

—¿Por qué? —le preguntó, mirándola a los ojos de forma abrasadora.

—¿Por qué, qué? —inquirió ella, que no entendía a qué se refería y, además, la había tomado por sorpresa.

—¿Por qué estabas celosa de Melissa?

Scarlet no luchó para zafarse, clavó sus ojos en él y su mirada se volvió líquida.

—Porque pensé que te había perdido —susurró.

Jordan sentía como si cientos de fuegos artificiales hicieran explosión en su interior. Casi podía tocar la felicidad.

No encontraba cómo formular la pregunta, pero no fue necesario porque Scarlet ya la conocía, y terminó de explicarse:

—Porque te amo.

Él sonrió como nunca lo había hecho, tomó su rostro entre las manos y la besó profunda, serenamente. Ella le devolvió el beso con una inmensa ternura y lo envolvió entre sus brazos. Ahí, donde realmente quería estar, Jordan por fin se olvidó de todo.

Capítulo 25

—¡Niños, no hagan tanto ruido! Perturban a su abuelo —gritó Dottie en medio del bullicio que hacían los pequeños de Theo y Marie con su tío Will.

—Déjalos que se diviertan, no me molestan en absoluto —replicó Roger, quien los veía correr y reír, contagiándose de su alegría.

¡Qué maravilloso era estar en casa, con la familia! Su recuperación estaba resultando muy satisfactoria y cada día se sentía mucho mejor.

Julian y Charlotte preparaban la barbacoa, charlando alegremente de sus planes profesionales y personales. Aunque Dottie prácticamente los acosaba con la idea de la boda, ellos lo estaban tomando con mucha calma, a pesar de que Julian habría aceptado de muy buena gana desposarla cuanto antes. No tenía duda alguna sobre su felicidad.

Scarlet y Jordan llegaron poco después cargados con un bol de ensalada y unas botellas de vino. Él se dispuso a ayudar con presteza a los cocineros, mientras ella fue a saludar a Dottie y a Roger.

—Es increíble que no me haya dado cuenta de lo que había entre ustedes —le dijo Dottie en un momento que se quedaron a solas—. Mi intuición de madre es un fiasco.

Dijo lo último de una forma tan dramática que Scarlet sintió deseos de reír, pero no quiso ofenderla y se limitó a encogerse de hombros y hacer una expresión de bochorno.

—Jordan siempre ha sido muy reservado, especialmente conmigo. —Dirigió a su hijo una profunda mirada—. Pero debo admitir que ahora lo noto cambiado, es más abierto y comunicativo. Creo que has logrado lo que yo tanto había deseado: que fuera feliz.

—Jordan también me hace muy feliz —respondió, luciendo una sonrisa

radiante.

Como si la hubiera escuchado, él se volvió a verla. El tiempo se detuvo por un instante brevísimo y precioso mientras ambos se miraban a los ojos y sonreían como niños.

En su mente, Jordan tomó nota de las mejillas sonrosadas de Scarlet, del vuelo de su cabello y de su vestido al viento de la tarde y de su sonrisa maravillosa. Esos eran los momentos que sí quería atesorar para siempre en su memoria.

Rita Black. Nacida en el central estado mexicano de Aguascalientes en el año de 1976, Rita Black tuvo un temprano contacto con la lectura. Enamorada de las letras, a los 13 años empezó a escribir cuentos cortos. Estudió Ciencias de la Comunicación, y fue reportera del área de deportes durante cinco años y medio, y de información general durante dos años, en un diario de circulación estatal. Tiene un hijo de 10 años y está felizmente casada desde hace casi 14. Actualmente está enfocada de lleno en su carrera como escritora de novela romántica y cuentos de fantasía y ciencia ficción.

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Rita Black

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-79-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |